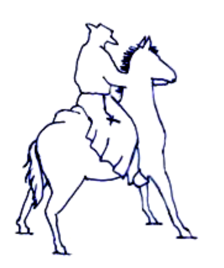
Linck, explorador de Baja California
1765-1766



Antonio Ponce Aguilar

Linck, explorador de Baja California. 1765-1766

Antonio Ponce Aguilar



Tijuana, B.C., 2003

Índice General

Preámbulo

Han pasado más de tres siglos desde que los misioneros jesuitas llegaron a Baja California, y aun sorprende la labor de aquellos hombres que por más de setenta años, alejados de la frescura de sus conventos y la comodidad de sus bibliotecas, dedicaron sus vidas a la evangelización, la exploración geográfica y a una acción civilizadora sobre los primitivos californios. Aunque el mito insular de la península había sido claramente desacreditado por exploradores como Eusebio Francisco Kino, Juan de Ugarte y Fernando Consag, además de navegantes como Francisco de Ulloa, la California, como decían los europeos, para todos los efectos prácticos de su colonización seguía siendo una isla, a causa del abandono y la incomprensión de los diversos gobiernos de la Nueva España, situación que siguió dándose todavía en el México independiente.

Los riesgos comunes de la navegación en aquella época, se acentuaban aquí por las especiales condiciones del Golfo de California, sobre todo los vientos del noroeste, las tormentas tropicales y las elevadísimas mareas en el norte. Esto hizo que el barco que traía las provisiones y equipo para las misiones cuando el vaivén político era favorable, muchas veces se perdiera en el mar y los ansiados víveres no alcanzaran su destino. Al autorizar el virrey Joseph Sarmiento de Valladares la entrada de los jesuitas a la provincia de California en 1697, fue a condición de que los gastos que se hicieran en la empresa fueran a cargo de la Compañía de Jesús, pues el gobernante se quejaba de que se habían gastado anteriormente $225 400.00 pesos *sin hauerse podido lograr el efecto de conseguirla*[1], refiriéndose a la reducción de los gentiles de la lejana provincia.

Ésta fue una de las causas por la cual los discípulos de Loyola, desde la llegada de Juan María Salvatierra a Loreto, buscaron la forma de no depender solamente de las limosnas que ocasionalmente recibían de los nobles acaudalados de la Nueva España, por lo que se hicieron inversiones generalmente en la compra de haciendas en el interior del país, cuyas rentas proporcionaron un flujo de dinero más constante para el sostenimiento de las misiones. Hubo un tiempo en que la Compañía llegó a tener en la Colonia 122 haciendas de gran extensión, como la que pertenecía al Colegio de México, de nombre Santa Lucía, que abarcaba 2 500 kilómetros cuadrados[2].

Estas condiciones, diferentes a las que existían en el resto de la Nueva España para el trabajo evangelizador que llevaban a cabo las diversas órdenes religiosas, influyeron para que los jesuitas de la California le dieran a su labor un sello especial, consecuencia principalmente de los dos hechos siguientes: primero, que todas las erogaciones, incluyendo la construcción de los edificios misionales, la obtención de embarcaciones, y hasta el pago de los soldados corrían por cuenta de la Compañía; y segundo, a causa de lo antes expuesto, los jesuitas disfrutaban de un alto grado de independencia en todas sus actividades, ya que el mismo capitán gobernador, en quien residía teóricamente el poder militar y civil, era nombrado por los misioneros durante los primeros años, aunque después se acostumbraba que propusieran una terna de candidatos con objeto de que el virrey seleccionara al hombre más indicado, lo que en última instancia era lo mismo.

Fue por estas razones que, cuando menos al principio, los misioneros jesuitas se sintieron fuertemente inspirados y comprometidos para forjar una comunidad casi utópica, que se aproximara lo más posible al ideal cristiano, lo que explica la vigorosa fe que impulsó a hombres como los mencionados en el párrafo inicial, para que se lanzaran a empresas que hoy se antojan casi imposibles de lograr con los recursos con que entonces se disponía.

El jesuita Wenceslao Linck pertenece a ésta constelación de religiosos, pues no sólo evangelizó a un gran número de gentiles sobre una zona de influencia que abarcaba desde San Borja hasta el área de San Luis Gonzaga[3], sino que realizó múltiples exploraciones en tierras desconocidas, arriesgando la vida en ocasiones, y registrando datos sobre la naturaleza y los aborígenes, informaciones que después fueron de inestimable valor para otros misioneros y colonizadores. Una de esas exploraciones fue la que hizo a la región del Río Colorado en 1766. Su magno proyecto era no sólo abrir la ruta para que se plantaran misiones hasta conectar las de California con las de Sonora, sino afianzar la frontera en el extremo noroeste de la Nueva España, la cual, prácticamente desierta, era vulnerable a las ambiciones hegemónicas de diversos países como Rusia e Inglaterra.

Cruzar la Sierra de San Pedro Mártir por muchos lugares al sur del Paso de San Matías[4], es todavía hoy un reto que sólo montañistas profesionales se atreven a aceptar, contando con el equipo e instrumentos que la última tecnología puede proporcionar; o intentar llevar a cabo una cabalgata de 260 Km. de San Borja al lugar conocido hoy como La Rinconada, bautizado por Linck como La Cieneguilla, hoy sería casi una locura por las dificultades que representarían la falta de agua y pasto para las bestias y la escasez de lugares en los que se podrían conseguir alimentos. En 1773 el dominico fray Vicente Mora, con gran dificultad, siguió en parte la ruta de Linck al viajar hasta El Rosario con el fin de localizar lugares adecuados para el establecimiento de nuevas misiones; y el Capitán Manuel de Jesús Castro también lo hizo en 1849, cuando viajó hasta el noroeste de la península, muy lentamente a causa de las lluvias que hacían los caminos intransitables, con el propósito de establecer la Colonia Militar de La Frontera y preservar la soberanía en aquella lejana región del país[5].

Hay que pensar, entonces, lo que significó para Linck llevar a cabo esa travesía, careciendo frecuentemente de guías y desconociendo el lenguaje de las etnias que encontraba a su paso. Pero además, en las páginas que siguen encontrará el lector aspectos especiales en la personalidad de este misionero explorador, que lo diferencian aun de sus hermanos religiosos de la época, por el sello humano y de respeto que imprimió a sus relaciones con los indios que poblaban las desconocidas regiones por las que pasó.

Aparte del diario de su viaje al Colorado, Wenceslao Linck escribió numerosos reportes y cartas al virrey y a sus superiores, relatando los descubrimientos que resultaron de sus exploraciones hacia el Océano Pacífico, a la región al norte de San Borja, y aun a la Isla Ángel de la Guarda, en la cual por poco pierde la vida.

En uno de sus trabajos que escribió ya en Europa, después de la expulsión de los jesuitas, Linck cambió un poco la descripción que había registrado en su diario sobre el viaje al Colorado, ya que se refirió a la península como una de las zonas más estériles y desoladas del mundo, lo cual tiene mucho de verdad, aunque aparentemente olvidaba lo que él mismo había escrito sobre las condiciones, bastante favorables para plantar misiones, en algunos

lugares que había desde Vellicatá hasta la Sierra de San Pedro Mártir, tomando en cuenta la existencia de agua y tierras propias para la siembra y riego. Además expresó:...*A diferencia de las misiones al este del Golfo de California,* [como son] *Sinaloa, Sonora y Pimería, que son mantenidas por el Real Erario, las de Baja California no reciben nada de esa fuente...*Esto se explica porque Linck, atinadamente, trató de invalidar con este informe los ataques de que había sido objeto la Orden, al acusársele de enriquecimiento desmedido aprovechando los supuestos bienes y bondades climáticas de aquellas tierras; Jacobo Baegert, ex misionero de San Luis Gonzaga, hizo algo semejante en su *Nachrichten* publicado en 1771 en Mannheim, Alemania, al ridiculizar a algunos escritores y geógrafos de la época que, sin conocer realmente la Baja California, y confundiéndola a veces con lo que después se llamó Alta California, hacían descripciones totalmente exageradas a favor de las tierras peninsulares y su clima, como si fueran poco menos que un Edén[6].

Se ha dicho con razón que la historia siempre es contemporánea, porque los hechos de que se ocupa, aunque temporalmente se encuentren muy lejanos, siempre tienen una conexión con la vida de las sociedades actuales. Ejemplo claro de lo anterior es el caso del misionero jesuita que quiso llevar a la práctica, y lo logró en parte[7], el sueño de muchos hombres de su época de abrir una ruta hacia el norte, asegurar la última frontera que era codiciada por potencias extranjeras y llegar a establecer comunidades prósperas desde la zona del paralelo 28 hasta el Río Colorado. Estas inquietudes son las mismas que hoy existen en la mente de muchos bajacalifornianos, pues ¿Quién no quisiera una carretera paralela a la Transpeninsular que corriera por el espinazo de las serranías desde San Borja hasta San Pedro Mártir? ¿Qué acaso no es preocupación actual de pueblo y gobierno el asegurar “la última frontera”, como decía Linck, y conservar la soberanía de las aisladas regiones en el interior de la península poblándolas con gente que integre sociedades dinámicamente productivas y autosuficientes? Cierto que la desertización y la falta de agua siguen siendo el gran reto, pero precisamente los retos son los que promueven los sueños, y el de Wenceslao Linck sigue vigente.

Edward H. Carr consideraba esencial ver en el gran hombre ... *a un individuo destacado, a la vez producto y agente del proceso histórico, representante tanto como creador de fuerzas sociales que cambian la faz del mundo y el pensamiento de los hombres...*[8], y por exigente que parezca el encuadramiento, es evidente que Wenceslao Linck queda dentro de él con toda justicia. Pero quienes escriben la historia constantemente valoran y marginan, seleccionan y descartan hechos y personajes de los eventos sociales del mundo, y frecuentemente las acciones que pudieran ser dignas de registrarse, quedan injustamente excluidas al no ser percibidas en su justo valor por la particular óptica del historiador. Sin embargo, aquí no existe ese problema, la importancia de la obra del misionero alemán fue y es indiscutible, pero el desconocimiento generalizado de La California, entidad todavía mítica en la Europa de aquel tiempo, impidió que las hazañas del jesuita y su vida misma fueran de mayor interés en los círculos históricos, literarios e intelectuales del momento, lo que condujo entonces, y aun en nuestro tiempo, a la escasa difusión de su obra como explorador.

Quizá esto es razón para que, a pesar de todos sus logros, Linck sea casi un desconocido en su propia tierra natal de Neudek, Bohemia[9], y no se diga en el Estado de Baja California, en

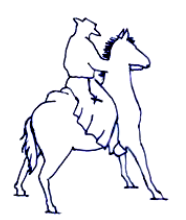
donde los libros escolares prácticamente no hacen mención de sus exploraciones, a pesar de que los descubrimientos geográficos que realizó no tienen paralelo..

Todo esto ha hecho que actualmente se cuente con una bibliografía escasa en los estantes de las bibliotecas y librerías del estado de Baja California, casi siempre fuera del alcance del lector común. Quizá las obras sobre Linck más difundidas en el idioma inglés sean *Wenceslaus Linck´s Diary of his 1766 Expedition to Northern Baja California* y *Wenceslaus Linck´s Reports & Letters, 1762-1778,* ambas editadas por Ernest J. Burrus S.J. de la colección "Dawson Book Shop, Los Angeles. 1966". Fuera de estos trabajos, se menciona a Linck como misionero de San Borja y como explorador en la Historia de Clavijero, en la obra de Miguel del Barco y en otras varias clásicas, antiguas y contemporáneas. Uno de los pocos autores alemanes que le confirió cierta importancia a la obra de Linck fue Christoph Gottlieb von Murr, quien escribió su *Nachrichten von verschiedenen Ländern des Spanishcen Amerika*, con cartas de los jesuitas sobre las misiones, incluyendo la relacion de Ducrue y el diario de la expedición de Linck. Hay una edición moderna del trabajo de Murr hecha en 1967 por Burrus.

Respecto a las fuentes, el Archivo General de la Nación, la Biblioteca Bancroft de Berkeley, la Biblioteca Nacional en Madrid y el Museo Británico tienen en sus repositorios documentos e informes que el misionero envió al virrey y a sus superiores. Esta obra pretende ser una modesta aportación para el mayor conocimiento de la vida y obra del gran misionero y explorador alemán, relatando los hechos sobresalientes de su exploración al Colorado; además, las notas que aparecen al final del libro constituyen verdaderas ampliaciones al texto, ya que son informaciones importantes y poco conocidas sobre los indios y la geografía de lo que hoy es el Estado de Baja California.

Para terminar, cabe decir que en el epitafio de Wenceslao Linck, pudo haberse escrito con toda justicia lo que señaló casi al final, en el informe en el que desmiente a quienes describen la California como una rica provincia, y a los jesuitas como religiosos llenos de ambición y riquezas: ...*Solemnemente digo al mundo que, así como llegué a California sin un centavo, y viví allí en la misma indigencia, así también dejé esa tierra sin llevarme un centavo conmigo...no nos trajimos nada excepto "el recuerdo confortante del trabajo cumplido...".*

Antonio Ponce Aguilar



Capítulo I. Antecedentes

Wenceslao Linck nació muy probablemente en Neudek, de la actual República Checa[10], el 29 de marzo de 1736, sus padres fueron Wenceslao Linck y Catherine Schusterin; ingresó a la Compañía de Jesús el 18 de mayo de 1754, hizo su noviciado en Brno[11], y por breve tiempo estudió filosofía en Praga. Destinado por sus superiores a las misiones de la Nueva España, fue uno más de los muchos misioneros de sangre germana que se fue a esas tierras[12], donde continuó sus estudios teológicos en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de México, y también en el del Espíritu Santo de Puebla en 1760-1761. En 1762 llegó a las misiones de California, permaneció algún tiempo en Santa Gertrudis[13] aprendiendo el cochimí[14], y ese mismo año se le mandó a la misión de San Francisco de Borja[15]. Ya el padre Jorge Retz, de Santa Gertrudis, había hecho una gran labor al evangelizar a numerosos gentiles de la región y sembrar algo de maíz, además, ordenó que se hiciera un camino de más de cien kilómetros que comunicara las dos misiones y que se levantaran algunas edificaciones como iglesia, alojamientos para el misionero y los soldados, y un modesto hospital.

Casi todo el territorio de Adac, como llamaban los aborígenes a la región, era improductivo, aunque la abundancia de liebres y conejos, así como las pitahayas, el mezcal y una especie de dátiles proveían alimento a muchos de los nativos. De cualquier forma, Linck se vio obligado a trabajar mucho con sus indios y a tener que aceptar al principio la ayuda de las misiones de Santa Gertrudis, Guadalupe y Loreto. La mayor parte del equipo y provisiones se le enviaba por mar al puerto de Los Ángeles, en la bahía de ese nombre en la costa del golfo, distante más de treinta kilómetros de San Borja.

Por suerte para el misionero, las cosas cambiaron para bien cuando en 1764, el capitán de Loreto Fernando Javier de Rivera y Moncada, quien también fue un gran explorador, encontró a unos treinta kilómetros de San Borja terrenos con pasto y agua suficientes para mantener ochocientas cabezas de ganado. Linck estuvo en San Francisco de Borja desde su fundación en 1762, y cuando en 1765 recibió al padre Victoriano Arnés como compañero que le ayudaría en los arduos trabajos de la misión, tuvo tiempo para satisfacer sus aspiraciones de explorar las regiones cercanas, y fue así como realizó varias salidas sobre todo a la isla Ángel de la Guarda, así como al oeste y norte de San Borja. Sin embargo, el viaje que consagró su nombre como uno de los más grandes exploradores de Baja California es el que realizó al río Colorado, pues aunque no llegó a su desembocadura, los conocimientos geográficos que quedaron de su viaje y las valiosas informaciones sobre los naturales de la región, facilitaron la fundación de las misiones de Calamajué[16], Santa María de los Ángeles, la visita de San Luis Gonzaga, San Fernando Vellicatá y su visita San Juan de Dios[17].

Desde hacía casi medio siglo, los discípulos de Loyola habían soñado con establecer en la península una cadena de misiones desde Loreto hasta la región del río Colorado, que



Antonio Ponce Aguilar

Arriba, paisaje semidesértico en la misión de San Francisco de Borja. Abajo, ruinas de adobes de la misión construida primero por Wenceslao Linck poco después de su llegada a Baja California en 1762, y que fue ampliada por el franciscano Francisco Lazuen en 1771. En 1776, los dominicos iniciaron la construcción de cantera que hoy se encuentra restaurada.



Antonio Ponce Aguilar

eventualmente se conectara con las de Sonora a fin de recibir de ellas el apoyo necesario para su subsistencia en las frecuentes épocas de sequía.

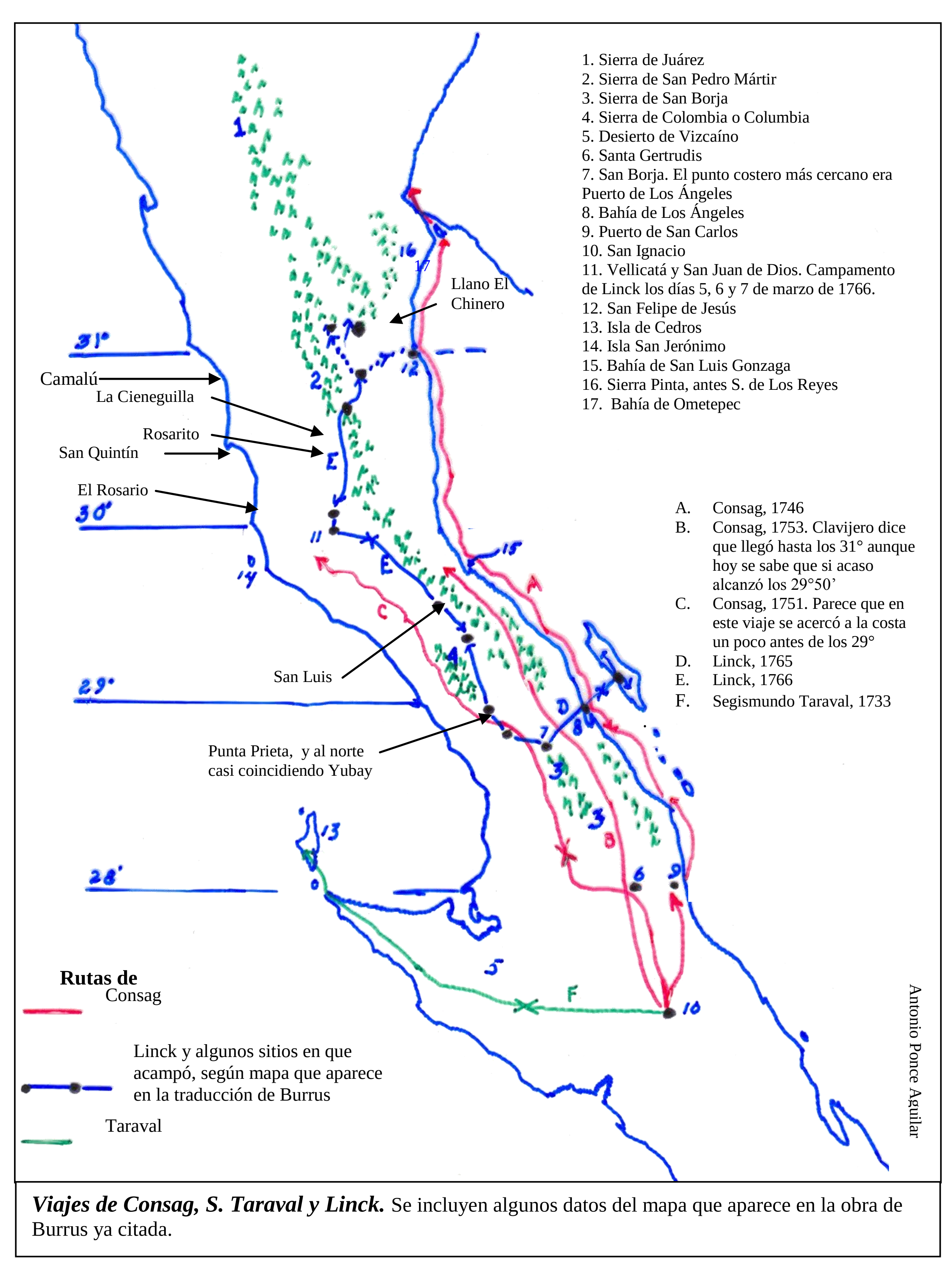
Aunque este proyecto, original de los padres Eusebio Francisco Kino y Juan María Salvatierra nunca pudo concretarse, sí fue motivo para que los jesuitas procuraran llevar su obra evangelizadora hacia el norte[18]; además que el aseguramiento de la frontera más septentrional era un imperativo político y militar de primer orden en la Nueva España, pues se conocían las aspiraciones territoriales de algunas potencias europeas como Inglaterra y Rusia, que dirigían sus miras hacia la costa norte occidental de América.

Sobre este tema. el mismo Linck escribió en uno de sus informes en el que refutó la falsa opinión de que California era casi un paraíso, que lo que sí hacía de la península una zona estratégica importante era *...su única posición. En primer lugar,* señaló en su reporte*, el Galeón de Manila...nunca llegaría a tierra firme de México si no dirigiera su curso hacia California, para ser llevado... hacia el sur a lo largo de su costa por viento favorable y traído a Cabo San Lucas, en donde puede desembarcar sus enfermos de escorbuto...En segundo, la posición de la península es tan ventajosa para los enemigos de España que frecuentemente se han escondido en las bahías de la región para caer sobre los galeones que por allí navegan[19]. Tercero, la península es importante porque las regiones cercanas que ahora son tan alabadas, pueden ser después causa de preocupación. Es bien sabido el hecho de que hasta los moscovitas se aventuraron desde Kamchatka hasta varios puntos de las costas de California; un contingente mandado por el Capitán Bering vino en 1729, otro bajo el mando del Capitán Chirikof y Monsieur Croyere[20] llegó en 1741...*[21] Queda claro, entonces, que el misionero se aprestaba a cumplir con una empresa cuya importancia conocía perfectamente.

Fernando Consag ya había hecho tres expediciones al norte de la península: una por mar en 1746 hasta llegar a las bocas del Río Colorado, y dos por tierra, una en 1751 y otra en 1753, la más prolongada, en la cual no pasó de los 30° de latitud, pues en el diario que el misionero hizo sobre su viaje menciona que pudo llegar sólo hasta la altura de la bahía de San Luis Gonzaga[22].

En 1765, Linck hizo un reporte al padre Jorge Retz, a cargo de la misión de Santa Gertrudis, en el cual le decía entre otras cosas lo siguiente: *...Puede usted informar al Padre Visitador que este año entrante haré la expedición al Río Colorado como él me lo ordenó*[23]; en ese tiempo el visitador era el padre Lamberto Hostell, por lo que pareciera que éste dispuso que se hiciera el viaje. Sin embargo, el misionero hizo el mismo año otro reporte, esta vez a Juan de Armesto, en el cual después de agradecerle el envío de provisiones, ropa y equipo, le dice: *...Ahora estoy...haciendo preparaciones para la expedición de exploración al Río Colorado de acuerdo con la orden que usted me dio el año pasado...*[24] Por lo anterior, no puede asegurarse si fue Armesto o Hostell quien ordenó a Linck llevar a cabo la exploración, aunque puede suponerse que ambos lo hicieron.

Siguiendo la costumbre de los misioneros jesuitas en California, cuando Linck hizo los preparativos para realizar la exploración en 1766, solicitó y recibió la ayuda generosa de



Viajes de Consag, S. Taraval y Linck. Se incluyen algunos datos del mapa que aparece en la obra de Burrus ya citada.

Nota. Los últimos 3 o 4 campamentos marcados en este dibujo, se han ubicado un poco al oeste de la situación que se les da en el mapa de la traducción de Burrus, el cual tiene algunas imprecisiones[25].

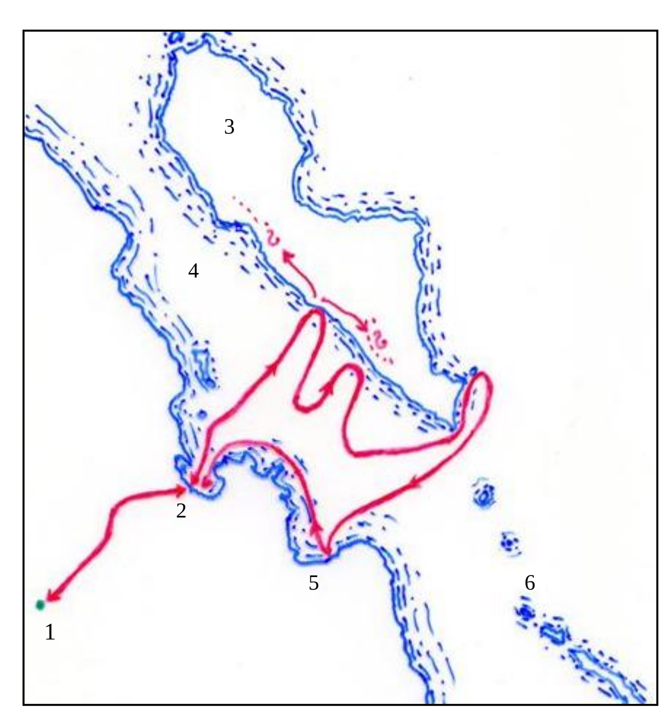
las misiones cercanas, sobre todo alimentos y bestias, que para el caso era lo más necesario[26] San Francisco de Borja, la *última misión frontera*, como la llamaba Linck, situada en el lugar que, como se ha dicho, los naturales de la región nombraban Adac[27], fue lógicamente su base de operaciones, en la que planeó y reunió el equipo necesario para el viaje hacia lo desconocido, pues aunque Fernando Consag había realizado las importantes exploraciones hacia el norte de las que ya se habló, ni él ni nadie más habían llegado por tierra más allá de los 30° de latitud norte.

De la personalidad de Linck debe destacarse una virtud que pocas veces se daba en los misioneros, marinos y soldados de la Nueva España que tenían que viajar a las regiones situadas en la última frontera: la capacidad para reconocer y valorar cuando menos algunos atributos culturales en los primitivos californios, y una especie de respeto o consideración al referirse a ellos. En su diario del viaje al Colorado llegó a expresar, por ejemplo, que para él era *el más grande honor* recibir a los gentiles y bautizar a sus hijos, y en varias ocasiones calificó de cortés y gallardo a un capitán gentil; en otros informes hablando nada menos que de los ídolos y estatuillas que le presentaron varios indios de la región de Adac, dijo que estaban *cuidadosamente esculpidas*, y al referirse a sus pinturas y las ropas que ocasionalmente usaban mencionó que eran *bastante decentes*[28].

El joven misionero ya había dado muestras de su entereza y valor a toda prueba en exploraciones anteriores en las cuales muchas veces estuvo en grave peligro. Una de éstas fue la expedición a la isla Ángel de la Guarda que llevó a cabo en la primavera de 1765, acompañado por Blas Fernández de Somera, varios soldados y algunos indios. Esa vez habían zarpado del puerto en Bahía de los Ángeles a bordo de la lancha de la misión de San Borja, llegaron sin contratiempo a la isla, la exploraron hasta donde pudieron, y después de darse cuenta que estaba desierta, iniciaron el retorno. Sin embargo, vientos del norte les impidieron desembarcar, por lo que tuvieron que regresar a la isla; lo intentaron de nuevo pero ahora una vela se desprendió, la lancha se ladeó peligrosamente, y sólo la destreza y presencia de ánimo del patrón indio Buenaventura de Ahome, pudo evitar el naufragio[29]. Después de otros intentos que terminaron en fracaso, decidieron no hacer la travesía directa y procurar el desembarco más al sur de la bahía, y entonces sí pudieron saltar a tierra. De ese lugar, Linck mandó a algunos indios a que buscaran ayuda, y gracias a esto algunos nativos cristianos de una ranchería cercana les trajeron agua. Después de cargar todos los recipientes que pudieron con el agua que traían de una considerable distancia, los exploradores se reembarcaron y esta vez sí pudieron llegar al puerto y dirigirse a San Borja.

Don Fernando Javier de Rivera y Moncada[30] era en aquella época el Capitán Gobernador de California, había acompañado a Consag y al mismo Linck en algunos de sus viajes, y aunque esta vez no pudo ir con el contingente, brindó todo el apoyo necesario aportando cabalgaduras, trece soldados y al teniente del Real Presidio de Loreto don Blas Fernández y Somera. Iba, además, un buen número de indios armados de arco y flechas como se acostumbraba en todas las expediciones. Para iniciar el viaje, Linck tomó muy en cuenta que la época de lluvias en el sur de la península era en julio y agosto, mientras que en el norte era por los meses de febrero, marzo y abril[31], y en una carta dirigida al padre Armesto le expresó que aunque estaba dispuesto a partir cuando se le ordenara, debía tomarse en cuenta que si se retrasaba la partida hasta la época de secas, las bestias morirían de sed. En

la misma misiva, solicitó más dinero para poder pagar lo justo a indios y españoles, quienes en caso contrario se rehusarían a emprender tan incierta aventura.



Exploración de la Isla Ángel de la Guarda

1. Misión de San Borja; 2. Puerto de Los Ángeles; 3. Isla Ángel de la Guarda; 4. Canal de Ballenas; 5. Lugar del desembarco forzado; 6. Isla de Salsipuedes.

Aunque se editaron en la antigüedad varias copias del diario de Linck, el historiador Ernest J. Burrus, S.J[32]., supo sobre la existencia de dos versiones, una de ellas debía encontrarse, según su opinión, en el Archivo General de la Nación entre los documentos de los virreyes. Burrus se basaba en que Clavijero, en su "Storia II", p. 175, señalaba que los diarios de Linck y de don Blas Fernández de Somera, su compañero en la expedición, habían sido enviados al virrey[33].

Burrus buscó los documentos durante 8 años, y finalmente vino a encontrar el diario autógrafo de Linck no en el Archivo General de la Nación., donde originalmente estuvo, sino en manos privadas, de donde fue adquirido por la Biblioteca Bancroft[34].

El escrito casi borrado por la acción del agua prácticamente no se entendía, pero el historiador jesuita logró que, con una tecnología a base de luz ultravioleta empleada en la Biblioteca del Vaticano, la escritura pudiera restablecerse.

Poco después, en la Biblioteca Nacional en Madrid, el investigador encontró una edición antigua del diario no con el nombre de Linck como su autor, quizá por la prohibición que se dio después de la expulsión de los jesuitas para que éstos escribieran o publicaran algo, sino con el título "Diario del viaje que se hizo en la provincia de California al norte de esta península por febrero de este año de 1766. Fue jefe de la expedición el Teniente D. Blas Fernández y Somera"[35]. El diario estuvo extraviado por muchos años pero ya se ha publicado en varias ocasiones; el relato que aquí se hace tiene como base principal el diario autógrafo que Burrus editó en inglés en 1966. La primera edición en español se incluye en "Noticias y documentos acerca de las Californias, 1764-1795", Colección Chimalistac, J. P. Turanzas, Editor, Madrid, 1959. Antes de narrar el viaje al Colorado, se relata a continuación la estancia de Linck en San Borja.

Capítulo II Relato de Linck sobre su misión de San Borja

El informe que hizo el padre Wenceslao Linck al poco tiempo de arribar a la misión de San Francisco de Borja comienza con la ubicación geográfica y una descripción física del lugar.

Siguiendo la costumbre de la época para denotar la distancia entre dos lugares, Linck se refirió a la separación que había entre la nueva Misión de San Borja y Santa Gertrudis diciendo que estaban a dos días y medio de distancia, lo que da, considerando los 100 Km. que separan a ambos puntos, un promedio de 40 Km. viajados por día.. Respecto a su latitud, repitió el error que se cometió varias veces desde las exploraciones de Fernando Consag al situar los diversos puntos de la península a más de un grado de exceso hacia el norte, al mencionar que la misión se hallaba aproximadamente sobre el paralelo de 30 grados al norte, cuando realmente su latitud es de unos 28° 45´. Haciendo una observación crítica de los cálculos de Consag, Linck mencionó que en la última expedición que aquel misionero había llevado a cabo, situó la Bahía de los Ángeles unos minutos abajo de los 30 grados de latitud norte, y para terminar señaló equivocadamente, *la misión, sin embargo, está a algunos minutos al norte de la bahía mencionada*[36], lo que es falso, ya que se tienen que viajar cerca de treinta kilómetros para alcanzar los 29° correspondientes a la ubicación de Bahía de los Ángeles.

Este inicio del informe de Linck muestra al lector contemporáneo uno de los grandes obstáculos que dificultó las exploraciones realizadas en aquel tiempo: la imprecisión al ubicar diversos lugares de la península en las cartas geográficas que después se empleaban como referencia básica en los viajes de otros navegantes y exploradores.

Continuando con la descripción del lugar en el que desempeñaba su labor, el misionero señaló que desde una colina no muy alta situada enfrente de la misión, se podían contemplar tanto el litoral del golfo como el del Océano Pacífico, lo cual significaba que se encontraba casi equidistante de los dos mares. Linck mencionó, además, que desde la mencionada colina, en un día claro podían verse los cerros de la Pimería Alta[37] en Sonora, lo cual resulta verídico aunque parezca una exageración, ya que el Cerro Viejo, en el límite sur de la región sonorense que se menciona, es visible a la simple vista desde San Borja. Además, desde el mismo lugar pueden verse las islas de Cedros, Natividad y el grupo de San Benito.

Linck mencionó que de San Borja a Los Ángeles se hacía poco menos de medio día de camino, pero aclaró: *el golfo esta realmente mucho más cerca que eso, ya que la ruta a la bahía tiene muchas vueltas*. La distancia a la costa occidental la consideró a un poco más de medio día de camino, siguiendo una ruta recta, plana y sin ninguna montaña.

Estas observaciones hicieron pensar al misionero, con toda razón, que en esta latitud la península era mucho más angosta de lo que se apreciaba en algunos mapas antiguos, sobre todo el de Consag, que se reproduce en páginas posteriores y en el cual, efectivamente, hay una deformación por la que se exagera el grosor de la Baja California.

La tierra en la región de San Borja fue descrita tan estéril e improductiva como en el resto de California, y aunque hubiera algunos espacios buenos para la siembra, lo que faltaba era agua, haciéndose efectivo el refrán del ranchero que cita Fernando Jordán[38]: *No es la tierra la malagradecida, el ingrato es el cielo...* Era tan escasa, expresó Linck, que si el aguaje produjera suficiente para irrigar lo que hoy serían 1.3 hectáreas de trigo , sería algo excepcional (*...si ella da abasto para regar dos fanegas de trigo, será buen andar...).*

Este reservorio era realmente una pequeña fuente de agua caliente que luego bajaba en forma de minúsculo arroyo. Al principio se pensó que produciría agua suficiente, pero no fue así, ya que cuando el agua fue retenida en un represo y éste se abrió para que fluyera, no sucedió lo esperado, y sólo corrió una cantidad muy reducida. Linck tuvo dudas sobre excavar más para ampliar y profundizar el cauce según lo relató en su informe. Todavía hoy, los campesinos de Baja California dudan sobre las acciones a tomar cuando el agua de un aguaje no es suficiente, pues saben que escarbar más no siempre se traduce en un aumento del caudal.


Antonio Ponce Aguilar

Aguaje de San Borja en el que brota agua caliente, y que Linck citó como una fuente muy reducida que apenas ajustaría para regar algo más de una hectárea, lo cual era verdad, pues hoy se usa en un pequeño espacio sembrado, tal vez menor que el mencionado por el misionero (1999). El pozo fue ademado por los dominicos.

La falta de leña también constituía un problema, ya que algunas actividades prácticamente vitales para la misión dependían de su uso, como la cocción de los alimentos, defenderse contra el frío en los helados inviernos, fabricar cal y ladrillos para la construcción[39], etc...

Excepto por unos cuanto cactus, escribió el misionero en otro reporte, *todo lo que aquí puede verse es una planta llamada cirio. Son dañosos y tan inservibles como leña que los indios, que siempre andan buscando alguna defensa contra el frío, soportarán las más bajas temperaturas antes que usar estos cirios. El intenso frío constituye una dificultad adicional en esta zona. Aun en el presente mes de septiembre las noches son muy frías*[40].



Antonio Ponce Aguilar

...Son dañosos y tan inservibles como leña..., escribió Linck refiriéndose a los cirios, (Fouquieria columnaris) como los que se observan en esta fotografía, y que se encuentran en el semidesierto de Baja California desde el volcán Las Tres Vírgenes hasta los llanos aluviales que hay al sur de San Pedro Mártir.. Llegan a crecer 18m.

A diferencia de los reportes hechos por la mayor parte de los misioneros, Linck refirió que respecto a la comida para los indios, había una considerable fuente a la mano, ya que ellos obtenían pescado del mar[41], y en el interior la abundancia de mezcal, tanta así que seguramente no había otra región en California con tantos agaves de esta clase, proporcionaba a los indios un sabroso alimento. Además, se daban en el campo una especie de dátiles y algo de pitahayas, y aunque en este particular informe no lo refirió, en otros reportes señaló la abundancia de liebres y conejos que los indios cazaban con facilidad, de lo cual se habla más adelante.

Sobre las costumbres y prácticas religiosas de los cochimíes, el misionero expresó que los locales practicaban las mismas costumbres de los otros californios; sin embargo, aclaró que *los indios al norte de nosotros puedan diferir en sus creencias y prácticas religiosas. Los*

que fueron cristianizados aquí trajeron sus ídolos dos días antes del bautismo. Son estatuas cuidadosamente esculpidas; una de ellas tenía un tridente en su mano derecha, y otra una serpiente enroscada como con la que se acostumbra representar a Mercurio. También trajeron sus vestidos y pinturas, las cuales son bastante decentes[42] . La última palabra significa "aceptables" o "de regular calidad".

Aunque Linck se mostró desconfiado y aun temeroso de los nativos que habían llevado sus ídolos, nunca se presentó un problema que fuera resultado de sus fanatismos y los ritos practicados en sus ceremonias, las cuales, admite el misionero, nunca pudo conocer. Al respecto escribió en el reporte mencionado antes: ...*Había alguna preocupación por sus guamas, de que vinieran en la noche a efectuar sus ceremonias de* curación *sobre los enfermos. Pero ahora han venido a la misión con sus familias y se han asentado aquí. Insisten que nunca pensaron que, dedicándose a sus artes curativas, estuvieran haciendo algo malo; y nos aseguran que las suspenderán. Han traído sus instrumentos, ídolos, atuendos y pinturas, todo lo cual fue quemado públicamente.*

Algunos de los indios recién cristianizados inspeccionaron cuidadosamente la casa del misionero, y dijeron que más al norte se podían encontrar habitaciones *más altas, grandes y mejores que las de aquí*[43]. Como a dos días de camino de San Borja, había una antigua casa donde los nativos se congregaban en determinadas ocasiones para llevar a cabo sus fiestas[44], pero aclaró Linck: *Este año no han tenido fiestas allí porque los nativos del norte cortaron el acceso de nuestros indios a la casa, y hace unos días asesinaron a varios de ellos, los demás, aterrorizados, se refugiaron aquí.* Más adelante en su informe, el jesuita menciona que las referidas festividades practicadas por los nativos del norte eran diferentes a las que celebraban los demás aborígenes de la California.

Algo que llamó la atención al misionero fue que los indios no hacían un particular esfuerzo por protegerse contra el frío cubriéndose con ropa adecuada. *Sólo he visto a dos nativos,* escribió en su informe, *usando una especie de cobija tosca, bien tejida conforme a un diseño artístico, y conservada limpia; pudiera servir de tapete en cualquier parte. Están forradas con piel de nutria*[45]*, conejo, etc.. No ha sido posible que trocaran aquel manto o frazada por cualquier otra cosa, de hecho, desde entonces, ni siquiera se las han puesto. Los hombres nativos andan desnudos aquí como en cualquier parte de California; las mujeres usan una faldita corta*[46].

Lo que se relata en los últimos párrafos, son informaciones que el misionero alemán aportó a la historia de la península, datos únicos y de gran valor para ampliar el nebuloso concepto que se ha tenido sobre la cultura de los californios. Queda claro, por ejemplo, que la alimentación de estos indios no era tan miserable como la describen otros misioneros, y que en sus prácticas religiosas hubo grupos que sí practicaron cierta forma de idolatría, lo cual nunca se menciona en los informes de la época, además, daban importancia a la diversión en comunidad, rasgo poco conocido y casi nunca mencionado.

Linck fue claro al señalar que los indios eran, en lo general, francamente receptivos a su obra evangelizadora, y aun quienes eran considerados enemigos por los de la misión, querían ser cristianizados, puesto que la mitad de ellos se fueron a Los Ángeles para unirse

con aquella ranchería para la instrucción religiosa, mientras que los demás se retiraron hacia el norte, y aun de éstos, dos regresaron después y al poco tiempo fueron bautizados.

Las indios de San Borja que fueron bautizados en Santa Gertrudis eran más de trescientos, y a éstos se agregaron ciento cuarenta, que recibieron el mismo sacramento del primero al veintiséis de septiembre de 1762, en la recién fundada misión de San Borja. El resto, formado por unos ciento ochenta y dos nativos, *reciben ahora instrucción religiosa,* informó el misionero. Las estadísticas mencionadas por Linck muestran un número excesivo de "aspirantes" a la nueva religión[47], lo que obligó al misionero a regular su asistencia a la misión, pues si todos hubieran acudido al mismo tiempo a la doctrina hubiera habido confusión y poco entendimiento en aquella labor de por sí difícil. Al presentarse una epidemia que afectó a casi todos los indios, aun los gentiles acudieron en gran cantidad para que el misionero los instruyera con objeto de recibir el bautismo, como así ocurrió. Muchos gentiles y neófitos murieron en esta época víctimas de la contagiosa enfermedad.

Para terminar su informe, Wenceslao Linck escribió: *En una palabra, la cosecha es abundante, y si las provisiones ajustan, la misión de San Borja pronto tendrá más de mil nativos bautizados.*



Antonio Ponce Aguilar

Tronco de un olivo centenario en San Borja, al pie del cual se observa el hilo de agua que Linck consideraba apenas suficiente para el riego de una hectárea y fracción. Actualmente, la persona que cuida el lugar se ha encargado de aprovechar el modesto arroyo para regar una huertita y algo de verduras. Obsérvese el tubo galvanizado que se usa para la conducción del agua. La acequia está revestida con cemento.

Capítulo III. Inicio del viaje de ida

En la tarde del jueves 20 de febrero de 1766, salió de San Francisco de Borja hacia el este noreste el grupo de exploradores integrado por los trece soldados e indios que se mencionan en párrafos anteriores. Después de caminar unas cuatro horas, ya oscureciendo, se detuvieron en un lugar en el que había algo de pasto antes de continuar la marcha a San José de Vimbet, en donde encontrarían agua, pero aun faltaban casi ocho kilómetros y era necesario que los animales se repusieran tomando en cuenta la pesada carga que llevaban.

Ya descansados, al siguiente día reanudaron la marcha con el mismo rumbo, llegando a Vimbet[48] con el ansia de calmar la sed que ya los empezaba a agobiar, y aunque el sabor del agua que hallaron era bastante desagradable, tuvieron que tomar de ella sabiendo que no había otra fuente en la región. La esterilidad del suelo no permite que haya pasto, por lo que inicialmente pensaron seguir el viaje en busca de un mejor lugar, pero una pertinaz lluvia les impidió salir y tuvieron que pasar la noche allí lo mejor que pudieron. Un jefe gentil y toda su ranchería de Nuestra Señora de Guadalupe, perteneciente a San Borja[49], obsequiaron aquí a los viajeros miles de mezcales tatemados, de agradable sabor, lo cual debe haberlos hecho olvidar momentáneamente la fatiga e incomodidades.

Dado que se continuará mencionando el mezcal tatemado como alimento que utilizaron frecuentemente los viajeros, cabe aclarar aquí lo que es esa comida. Mezcal es una palabra no de origen cochimí o kiliwa[50], sino, nahua que designa un agave de cuyas cabezas o piñas, que quedan al cortar las hojas, se extrae una bebida alcohólica En los semidesiertos de la península abunda una variedad del agave que no es igual al que se emplea en estados como Oaxaca para obtener la bebida mencionada. En tierras californianas y en casi todo el país, distintas variedades de agaves han sido empleadas desde tiempos remotos como alimento pero sin fermentarse. Para su elaboración, los primitivos californios cocían la cabeza o piña durante muchas horas, generalmente en hoyos en los que se echaban piedras y leña para la cocción. Después de uno o más días se sacaba, quedando de color café oscuro, de consistencia fibrosa, sabor muy dulce y agradable y sin alcohol. Actualmente, con diversas variantes se sigue el mismo procedimiento en casi todo el país; además de los quiotes tatemados en las brasas que también servían de alimento a los indios.

El sábado 22 de febrero amaneció aun con amenaza de lluvia y Linck dispuso reiniciar el viaje, ya que era urgente buscar un lugar con pasto para las bestias, aunque el agua también era otra necesidad imperiosa. Se viajó por seis horas hasta llagar a Yubai[51], casi a los veintinueve grados de latitud, apenas al norte de la actual Punta Prieta. Para fortuna de los expedicionarios, las recientes lluvias habían dejado bastante agua, además de que se encontró suficiente pasto que mucho sirvió a los animales. Actualmente toda esa zona es un semidesierto cubierto de plantas espinosas. Los expedicionarios acamparon en este lugar y el 23, después de viajar otra vez por seis horas, arribaron a Kanin, y aquí se repitió el banquete de mezcales gracias a otro capitán gentil que obsequió a los viajeros con el

sabroso alimento. La poca agua de mala calidad que surgía del aguaje en ese lugar era tan escasa que no podía ser bebida por las bestias, lo que obligó a que algunos hombres hicieran una zanja como improvisado bebedero.

Al día siguiente, 24 de febrero, tras sólo una hora de camino llegaron al arroyo de Keda, que está al norte de Kanin. Aquí los expedicionarios permanecieron veinticuatro horas para que la caballada se repusieran aprovechando el buen pasto y las numerosas pozas de agua. El lugar está aproximadamente a los 29° 15’ de latitud, casi equidistante de las dos costas, y prácticamente coincide con el sitio que hoy se conoce como Las Codornices. A partir de aquí se iniciaba para Linck el verdadero desafío, pues a unos pocos kilómetros al norte estaba la región más septentrional que había alcanzado el padre Fernando Consag en sus dos viajes por tierra[52] hacia el norte.

El martes 25 por la tarde siguieron avanzando casi derecho hacia el norte, y después de caminar durante seis horas, acamparon ya tarde en un portezuelo de la serranía para pasar la noche, aprovechando que había algo de pasto para las bestias; además, dos indios del grupo encontraron un poco de agua en un hueco excavado en la roca y lograron llenar dos cubetas que mucho servirían a los viajeros.

El 26 de febrero en la tarde, la expedición llegó a una llanura muy plana y estéril, aunque Linck y sus acompañantes pudieron ver en las distantes montañas cómo algunas corrientes de agua descendían por las laderas. Al ver aquel lugar que a todos pareció el fondo seco de un lago, algunos de los soldados de Nueva Galicia que iban en el grupo lo bautizaron como Chapala, nombre que el lugar aun conserva. Sin embargo, el permanente problema de la falta de agua los hizo avanzar en su búsqueda por aquel terreno tan duro, al grado que las pezuñas de los animales no dejaban huella. Por fin hallaron un aguaje, pero con tan poco líquido, que tuvieron que emplear cubetas para sacarlo y vaciarlo en una zanja de la cual pudieran beber las bestias. A pesar de los problemas mencionados, ese día los exploradores viajaron cinco horas.

Linck había hecho una exploración por ese rumbo en 1765, aunque tal vez un poco hacia el oeste de la ruta que hoy llevaba, pues en ese viaje mencionó la existencia de dos lagos secos, refiriéndose quizá a las estériles depresiones que se encuentran un poco al noroeste de Chapala, una de las cuales tiene actualmente el nombre de Guija.

De este lugar, los expedicionarios se dirigieron a San Luis, punto que se encuentra aproximadamente a los 29° 40’ de latitud, cerca del asentamiento llamado después Jaraguay, por la Carretera Transpeninsular. En realidad, toda la región de costa a costa recibía ese nombre por la bahía de San Luis Gonzaga, que está a esa altura por el lado del golfo; además, es un hecho que por esa latitud y quizá hacia la costa del golfo debe haber existido una misión de visita del mismo nombre, de lo cual se habla más adelante.

El jueves 27, a eso del medio día y después de dar agua a las bestias, salió la expedición por terrenos en los que al principio había suficiente pasto, aunque después de tres horas y media de marcha, al haber avanzado casi la mitad de la ruta que los llevaba a San Luis, se detuvieron en un sitio con muy poco zacate. El día 28, después de 4 horas de camino arribaron a San Luis. Era la última frontera, el lugar más lejano al que llegaba aun la

influencia de la misión de San Francisco de Borja, cuya latitud la da Linck en otro informe como de 30°, equivocándose el misionero explorador con más de un grado, de acuerdo con la posición real ya mencionada al principio del capítulo II. Este error se repite en todas las latitudes que menciona, lo cual, como se ha dicho, se explica por los datos también equivocados que tomó de los informes de Fernando Consag sobre sus viajes de 1751 y 1753; además, recuérdese que los aparatos de la época para determinar la ubicación de un lugar eran un tanto rudimentarios[53], lo que en otras exploraciones condujo a costosos errores, como fue el caso de la expedición que encabezaron Gaspar de Portolá y Fernando Javier de Rivera y Moncada al puerto de Monterrey en 1769[54].

Vivía entonces en la región un indio cristiano llamado Juan Nepomuceno, que llegó a ser gobernador de Calamajué, muy famoso por su valor personal, respetado y obedecido en todas las rancherías del rumbo. En esta ocasión, cuando llegó la expedición a San Luis, la buena disposición de los nativos cristianos y gentiles hacia Linck, que en buena parte se debía a Juan Nepomuceno, se puso de manifiesto al acudir en gran número para obsequiar a los viajeros con una gran cantidad de mezcales tatemados, liebres y conejos. No contentos con esto, trabajando unidamente abrieron una vereda por el fondo del arroyo, improvisaron bebederos para las bestias excavando las zanjas acostumbradas, y sin que nadie se los ordenara hicieron un corral que, aunque resultó pequeño para manejar el número de animales que se llevaban, evidenció la hospitalidad de aquellos nativos siempre encabezados en el trabajo por Juan Nepomuceno y otros capitanes indígenas.

A esto hay que agregar que ciento setenta y cinco gentiles acudieron a recibir al misionero y sus acompañantes, le ofrecieron a sus hijos pequeños para que los bautizara, y como prueba de su aceptación le entregaron tres bultos con capas de cabellos llamadas "guanakae"[55], que usaban los guamas o "doctores" de los cochimíes en sus conjuros y ritos, junto con otros objetos empleados en sus fiestas y ceremonias, como ídolos y estatuillas; esto significaba la renuncia voluntaria a sus anteriores creencias y el deseo de cristianizarse. Poco después, el misionero arrojó al fuego todos los objetos mencionados.

Fue aquí en San Luis donde Linck, emocionado por la receptiva actitud de los gentiles que de buen grado aceptaban la nueva religión, anotó en su diario que para él, el más grande honor que se le hubiera concedido era el bautizar a aquellos niños, a lo que procedió sin dilación, aunque no tuvo tiempo para hacerlo con todos.

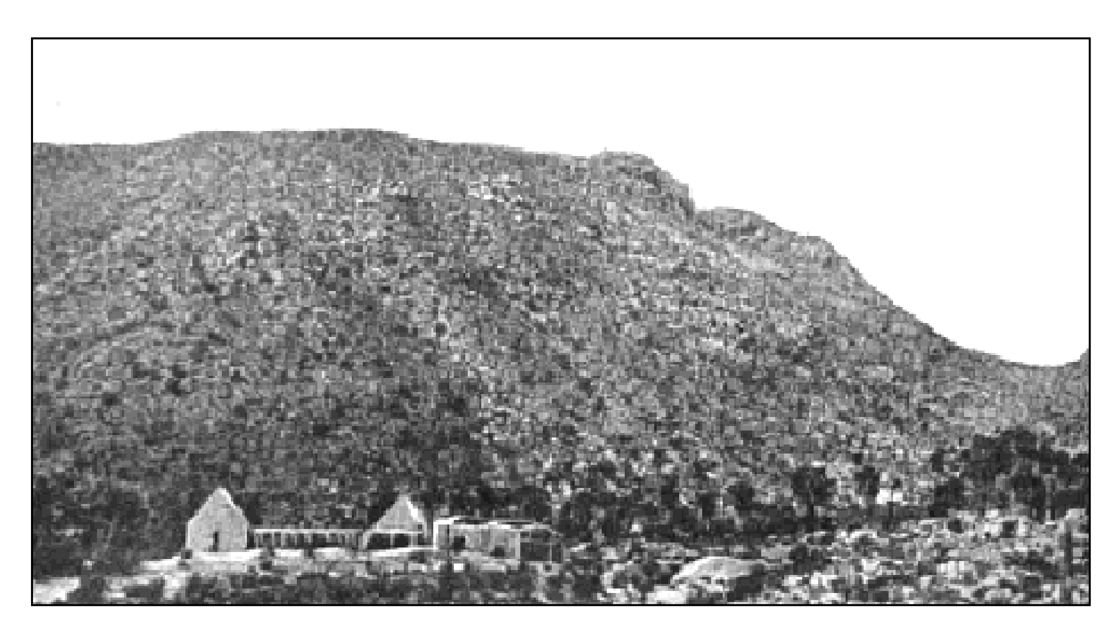
El 20 de noviembre de 1765 Linck escribió un reporte al padre Juan Armesto sobre otra exploración hacia el norte, en el que decía en parte: ....*El 1º. de agosto salí de esta misión de San Luis en compañía del Capitán, dos soldados*...Ese mismo año escribió una carta al padre Jorge Retz y entre otras cosas expresaba: ....*Muchos indios se habían asentado en la misión de San Luis, que está en la frontera con la región de las tribus de gentiles del norte*... Esta y otras referencias de Linck a la "misión de San Luis", que obviamente no se trata del centro religioso San Luis Gonzaga que se encontraba en el sur, obligan a pensar que debe haber existido una visita misional llamada San Luis en o al suroeste de la Bahía de San Luis Gonzaga, y tal vez otras más, como lo asegura el investigador norteamericano Michael W. Mathes[56], entre el trayecto de 24 Km. que hay desde la playa sur de la bahía hasta el sitio que ocuparía Santa María de los Ángeles[57]. Es importante hacer notar lo anterior porque en la historia de las misiones jesuitas de Baja California nunca se menciona

la existencia de esta misión San Luis situada al norte, y sólo Linck habla de ella, aunque en



MAPA DE CONSAG, DESPUÉS DE SU VIAJE DE 1746. 1. Sierra de Los Reyes, hoy S. Pinta; 2. Sierra San Gualberto; 3. Marismas; 4. Pantanos; 5. Bahía de San Buenaventura; 6. San Felipe de Jesús; 7. Aguaje; 8. La Visitación; 9. Bahía de San Luis Gonzaga; y 10 S. Estanislao. Las latitudes que aparecen en las líneas laterales están equivocadas en más de un grado. Nota: los nombres que aquí aparecen son los mismos que están escritos en el mapa.

el mapa de Consag aparece un lugar llamado “La Visitación” , un poco al norte de S. Estanislao que tal vez corresponde a la citada visita misional, y en el mapa del holandés Isaak Tirion hecho en 1765, el punto mencionado aparece con el nombre de “Visitation of St. Stanislao”, aunque nada puede asegurarse; además, otros exploradores identificaron La Visitación como una bahía sin importancia al norte de la de San Luis Gonzaga[58].



Fotografía antigua de Santa María de Los Ángeles, en el arroyo Cabujacaamang, cuyos actuales vestigios son sólo algunas ruinas. La plantó el padre Victoriano Arnés unos 20 Km. al oeste de San Luis Gonzaga, un año después del viaje de Linck al Colorado. Fue la última misión jesuita.

Hace algunos años, don Gorgonio Fernández, un pescador residente pionero en la Bahía de San Luis Gonzaga, descubrió cerca de la playa las ruinas de piedra de una edificación, y cerca de allí, un pozo cuidadosamente ademado con algo de agua salobre, cuyas piedras, según estudios hechos en California, fueron pegadas con una argamasa hecha con arena, huesos y conchas molidas con cal, semejante a la que acostumbraban los misioneros[59]. Es casi seguro que estas ruinas correspondan, si no a la citada misión, sí a alguna construcción relacionada con la misma. Linck reportó a sus superiores la gran cantidad de indios que poblaban la región, y señaló que un misionero residente en San Luis o sus alrededores podría congregar un gran número de gentiles para su evangelización[60].

Lo cierto es que el establecimiento religioso ya había desaparecido a fines del siglo XVIII, aunque debe haberse conservado alguna edificación que por muchos años se empleó por los exploradores y viajeros como refugio y estación de descanso en la ruta hacia el norte, además de que en la bahía estaba el "puerto" de San Luis. A pesar de que no se encontró tierra buena para fines agrícolas en esta zona, Linck reportó la existencia de pastizales que podrían servir para alimentar un número regular de animales, y su insistencia para que se estableciera una misión formal y permanente en el lugar la rubricó con la siguiente expresión: *....y con esto creo tiene más de lo que desea en parage de fundación el zelo de un misionero...*[61]

En la tarde del sábado 1º. marzo de 1766, después de tan gratas experiencias tenidas con los indios de San Luis, Wenceslao Linck al frente de la expedición reinició su viaje hacia el río Colorado y a las pocas horas llegó a un arroyo, en el que había suficiente agua, así como

pasto en los alrededores, acamparon en el lugar, aunque reconoció la imposibilidad de emplear en el futuro el agua para riego tomando en cuenta que la corriente fluía entre unas rocas que hubieran hecho difícil su uso.

El misionero sabía que de allí en adelante tendría que ir reclutando intérpretes y guías en las rancherías de indios gentiles no sólo para que los condujeran por la ruta mejor, sino también para que convencieran a los del siguiente asentamiento de sus buenas intenciones hacia ellos. Los nuevos guías también eran embajadores de buena voluntad.

El domingo dos en la tarde partió la expedición, calculando poder llegar al siguiente día al sitio más próximo con agua. Pronto arribaron a un arroyo con muchas palmas, las más altas vistas hasta entonces, en donde todos calmaron su sed, pero después de cuatro horas de marcha, soportando un fuerte viento, se vieron obligados a pasar la noche en el cauce de un arroyo seco y sin pasto. Al día siguiente lunes 3 de marzo, cuando apenas habían caminado una hora y media llegaron a un arroyo con agua de muy buena calidad y numerosas palmas, se llamaba Keita y formaba una pequeña laguna para seguir la corriente y desaparecer entre el arenal, en realidad el sitio no estaba tan lejos como lo indicaron los indios el día anterior. Continuaron su marcha por cuatro horas, hasta que oscureció y tuvieron que acampar en el lecho de un arroyo que ya no llevaba agua, y sin zacate en los alrededores.



Antonio Ponce Aguilar

El lunes 3 de marzo de 1776, en su viaje al Colorado el padre Linck debió contemplar paisajes como éste, cerca de Cataviña

Estando los viajeros acampados en Keita, Linck supo por los indios gentiles del lugar que un grupo de nativos vecinos, enemigos de los de San Luis, los habían visitado el día anterior y habían proferido amenazas contra los españoles y sus indios amigos.

Cabe señalar que en todo el viaje, el misionero explorador y su comitiva siempre fueron bien recibidos por los indios de las distintas rancherías, quizá por el trato humano y hasta

respetuoso que Linck empleaba hacia ellos, conducta que también había observado Fernando Consag años antes. La amenaza que supuestamente se hizo esta vez nunca se cumplió, aparte de que el jesuita no se intimidaba fácilmente, pues sabía que la sola presencia de un caballo bastaba para llenar de pavor a los nativos que por primera vez los veían.

Desde este lugar, el padre Linck envió una avanzada de exploradores armados a investigar sobre la existencia de un arroyo cercano en el cual, según los indios lugareños, había agua suficiente para que las bestias calmaran la sed. Cuando los exploradores llegaron al sitio indicado encontraron allí un grupo de gentiles que huyó al ver a los forasteros, éstos fueron tras ellos, los alcanzaron y los convencieron de que sus intenciones eran pacíficas y no se les causaría ningún daño, gracias a lo cual regresaron al lugar en que se asentaban. Dieciséis nativos de esta comunidad, entre los que se encontraban algunos con las caras pintadas de negro, se animaron a visitar a Linck en su campamento. Supo el misionero que así, manifestaban el luto los indios parientes de dos mujeres, que habían sido asesinadas en la costa del Golfo de California por los miembros de una ranchería enemiga, y que el grado de parentesco con las muertas correspondía a la extensión de la cara que se pintaban.

Realmente, la avanzada de exploradores no encontró agua en la cantidad esperada, pues se trataba de un pozo hondo del cual los nativos sacaban el escaso líquido para beber. Fue por esta razón que Linck ordenó la salida hacia el lugar hasta las diez de la mañana del día 4. Estando el punto a medio camino entre Keita y Vellicatá llegaron al sitio un par de horas más tarde. Ya los esperaban los gentiles de la ranchería formada por unas doscientas almas[62], según lo relata el misionero, quienes con amabilidad y después de las salutaciones acostumbradas, les obsequiaron mezcales tatemados.

Debe señalarse que casi todos los miembros de la comitiva expedicionaria iban a pie, pues las bestias cargadas con las provisiones y equipo se adelantaban formando la vanguardia de la columna. Fue por esta razón que el padre Linck no pudo de momento compensar con los regalos usuales la amabilidad de aquellos indios, pero les aseguró que en el viaje de regreso lo haría. De cualquier forma, los gentiles se mostraron satisfechos, prueba de lo cual es que permitieron a tres muchachos de la comunidad, fuertes y ágiles, que acompañaran por algún tiempo a los expedicionarios.

Ya oscureciendo el mismo día martes 4 de marzo, después de seis horas de marcha llegaron a una llanura sin agua pero con suficiente pasto, en donde los viajeros que iban a pie, atraparon ciento sesenta liebres y conejos que abundaban en la región, muchos de los cuales corrían hacia sus manos[63].

Al día siguiente, tras cinco horas de camino llegaron al arroyo de Vellicatá o *Guiricatá*, como le llamaban los nativos. Linck dice en su diario que el lugar *está al pie de dos picos que desde ahora se llamarán San Pedro y San Pablo*, aunque los cerros de 800 m. de altura que actualmente llevan esos nombres, están a unos cuarenta y cinco kilómetros al sureste de ese sitio. Después de reconocer el arroyo y sus alrededores, el misionero y los soldados que lo acompañaban consideraron que Vellicatá era el sitio más adecuado para plantar una

misión en todo el territorio que llevaban explorado[64]. El agua que se podría canalizar con facilidad era suficiente para irrigar un campo de buen tamaño, en la parte baja del arroyo la topografía del terreno impediría las inundaciones, y además, quedaban espacios de tierra permanentemente húmedos en los que también se podrían levantar cosechas de maíz[65]. Varios de los soldados que tenían experiencia en la siembra de granos estuvieron de acuerdo en que el lugar era realmente prometedor en ese sentido, pero aparte de esta circunstancia favorable para que allí se plantara una misión, era un sitio densamente poblado por gentiles que se mostraban amigables hacia los españoles.



Antonio Ponce Aguilar

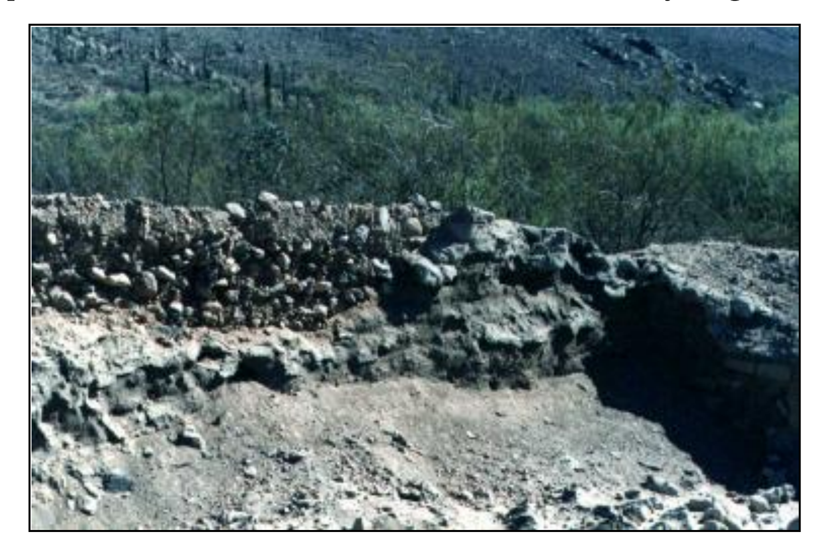
En las serranías peninsulares hay todavía muchas veredas que sólo en mula o burro pueden transitarse, en ocasiones cabresteando la bestia. Linck viajó por lugares semejantes a éste

Linck expresó en su diario que al principio los nativos tenían miedo, pero pronto fueron convencidos de sus intenciones pacíficas con el trato humano y algunos pequeños regalos que les dio, a lo que los indios correspondieron obsequiando a los viajeros algo de las semillas que les servían de alimento. Más de cien nativos dieron la bienvenida al misionero y su gente, y al día siguiente le llevaron a una niña moribunda para que la bautizara, e igual sucedió con un anciano ciego con quien previamente se hicieron todos los esfuerzos para que comprendiera y aceptara las *verdades de la fe*, como lo señala el religioso. Linck se conmovió profundamente cuando le obsequió al viejo una cruz que colgó de su cuello, y el ciego prometió no quitársela nunca[66].

Fue hasta el sábado 8 de marzo cuando la expedición reanudó su marcha, casi directo hacia el norte en busca del próximo aguaje; a las dos horas de caminar por un sendero desprovisto de agua pero con suficiente pasto, se dieron cuenta que la ruta que llevaban era demasiado alta, pues contemplaron un arroyo con sauces y carrizos que corría muy abajo, sin embargo, pudieron descender, aunque con mucho esfuerzo, conduciendo las bestias por una vereda que los llevó hasta la corriente. Ya que bajaron, los viajeros se dieron cuenta que el caudal era suficiente para la siembra irrigada de una franja de tierra cercana, y además, lo abierto de la llanura, el pasto y la sombra que proporcionaban los sauces facilitaría el pastoreo de una regular cantidad de ganado. Por ser el 8 de marzo la fiesta de San Juan de Dios, este nombre le fue asignado a la región. A pesar de las dificultades para hacer observaciones astronómicas y geográficas, Linck se dio cuenta que aquí, como le habían dicho los indios, *la distancia de mar a mar aumenta.*

Estando en San Juan de Dios, el religioso explorador se enfrentó al problema de la falta de guías y lo escabroso de la sierra que se contemplaba más adelante, esto último al grado de

pensar que las bestias no podrían ser cabresteadas[67] por tan difícil terreno. Descartó la posibilidad de descender hacia el Océano Pacífico, y luego, buscar una ruta más al norte



Ruinas de la Visita de San Juan de Dios. Fue dependiente de San Fernando Vellicatá, ésta plantada por Fray Junípero Serra en su viaje a San Diego, el 14 de mayo de 1769, aprovechando las informaciones que se tenían por el viaje de Linck

hacia el Colorado por el tiempo que les llevaría, dada la desviación en rumbo opuesto que hubieran tomado. Linck ordenó entonces que cincuenta hombres de la comitiva salieran en grupos, con objeto de encontrar entre los desfiladeros de la sierra algún paso que permitiera el cruce de la caballada, y traer a cualquier gentil que se encontraran para obtener información.

El 9 de marzo en la tarde, una partida de los exploradores encontró a algunos indios que de buena voluntad los acompañaron hasta el campamento, a donde arribaron cuando ya se había ocultado el sol. Los recién llegados se dispusieron a pasar la noche junto con los neófitos cristianos de la comitiva, pero los miembros de una ranchería vecina espiaban estos movimientos, y temiendo que se les fuera a hacer daño a sus vecinos y compañeros atacaron en la oscuridad, hiriendo por error a uno o dos gentiles. Los neófitos de Linck se defendieron del ataque, de manera que sin disparar una sola flecha, pusieron en desordenada huída a los indios paganos. Uno de los jefes de los atacantes no huyó, y al medio día, regocijadamente fue entregado a los españoles por los indios amigos. El misionero le dio un regalo al capitán gentil, y otro más para un jefe vecino de él, el jefe indio mostró gran satisfacción por el trato recibido y aseguró que en el próximo lugar con agua esperaría a la comitiva, acompañado de su familia y los miembros de la ranchería.

El lunes 10 de marzo, conforme a los informes de los exploradores que habían reconocido el terreno, la expedición dejó la sierra propiamente dicha y siguió una ruta por sus estribaciones, ahora un poco al oeste, tomando en cuenta que era el camino más propicio sobre todo por la existencia de arroyos y aguajes. La desviación de la ruta considerada el día anterior, impidió que Linck llegara al lugar convenido en el que se encontraría con el capitán indígena que había conocido el día 9, lo que mortificó al misionero según lo anotado en su diario, pues sentía curiosidad por saber qué efecto había producido el obsequio enviado al otro jefe. Según los informes recibidos, había en la zona que estaban dejando cuatro rancherías muy pobladas. Después de cinco horas de marcha por un arroyo con sauces y suficiente zacate, la expedición se acampó en el lugar.

El día 11 los viajeros iniciaron el ascenso a una serranía que debían cruzar, y después de no pocos trabajos, al extremo de que en algunos lugares tuvieron que nivelar la vereda para poder seguir, llegaron a la vertiente opuesta, y al levantarse la neblina pudieron contemplar a lo lejos una ranchería. Después de cinco horas y media de marcha la expedición acampó en un arroyo con agua y palmeras, así como suficiente pasto. Linck había mandado hacia la ranchería a dos soldados y varios indios para no asustar a los gentiles y provocar su huída, como había sucedido otras veces. Esto último resulta explicable, pues se trataba de gente que nunca había visto a los españoles y sus caballos. Los neófitos del misionero siguieron las huellas que dejaban los nativos al alejarse, y para el medio día estaban de regreso con veintiséis indios, que pronto se mostraron confiados y tranquilos.

Aquí Linck hizo una descripción halagüeña del vestuario usado por las mujeres de la región al decir: *...Su falda y faldillas estaban hechas de un hilo tejido muy apretado...finamente y de piel de venado...hasta ahora no habíamos visto a ninguna de las mujeres gentiles vestida de ese modo, pues su atuendo usual es una indecente desnudez. Después supimos que sus ropas eran la forma modesta acostumbrada de vestirse de estas indias...*Quizá a una de estas mujeres se refirió Francisco Xavier Clavijero en su Historia de la Antigua California cuando, citando a Linck expresó: *....habiéndose puesto en fuga una de aquellas tribus bárbaras al ver la comitiva, la viuda de un indio principal de la misma tribu, sin atemorizarse ni moverse del lugar donde estaba, los llamó diciéndoles que viniesen a ver si aquellos hombres eran verdaderamente amigos....Hallándose segura de esto, trató a sus huéspedes con maneras tan corteses, que no parecía educada en los bosques ....el capotillo de pieles que traía puesto, más nuevo y hermoso que los de las otras mujeres, el aire señoril que manifestaba....y respeto con que la trataban todos los de su tribu, persuadieron a nuestros viajantes que sería verdaderamente señora de aquellos indios...*[68]

El 12 de marzo en la mañana se despidieron a casi todos los gentiles, y sólo se quedaron en el campamento algunos para que sirvieran como guías. Por la plática de uno de ellos, Linck se enteró que el indio herido en la escaramuza del 9 de marzo ya estaba repuesto de su lesión. Guiados por los lugareños, los expedicionarios llegaron al sitio del que habían sido llevados los veintiséis gentiles; ochenta nativos de la ranchería fueron a recibir al misionero, y allí se acampó esa noche. Aquí Linck tuvo la agradable sorpresa de recibir la visita del capitán que había conocido el 9 de marzo, quien al saber de su estancia en la ranchería fue a su encuentro, acompañado por su familia.

El jueves 13 de marzo, parece que ya situados al extremo sur de las estribaciones de la Sierra de San Pedro Mártir, la expedición inició la subida a una de sus cumbres. La altura de las montañas permitió que los viajeros pudieran contemplar los litorales del golfo y del Pacífico, y esto los hizo pensar equivocadamente que la península se estrechaba nuevamente, lo cual, según Linck, fue “confirmado” por los nativos; se encontraban quizá a los 30° 20’ de latitud norte, en o cerca del cerro Matomi, cuya cima llega a los 1 800 metros de altura. En el ascenso a la serranía pasaron por varios arroyos con agua, algunos con palmas y álamos, así como bastante pasto. Aquí llegaron muchos gentiles a visitar amigablemente a los viajeros, acompañando a uno que fue curado por Linck de una lesión no muy seria. El capitán indígena que se había hecho amigo del misionero[69] regaló a éste y su comitiva diez cargas[70] de mezcales tatemados. Desde el lugar en que se encontraban, los

viajeros pudieron contemplar la majestuosa sierra de San Pedro Mártir, cubierta desde las cumbres hasta lo bajo de sus laderas con pinos y cipreses, éstos llamados "tascatí" por los aborígenes.

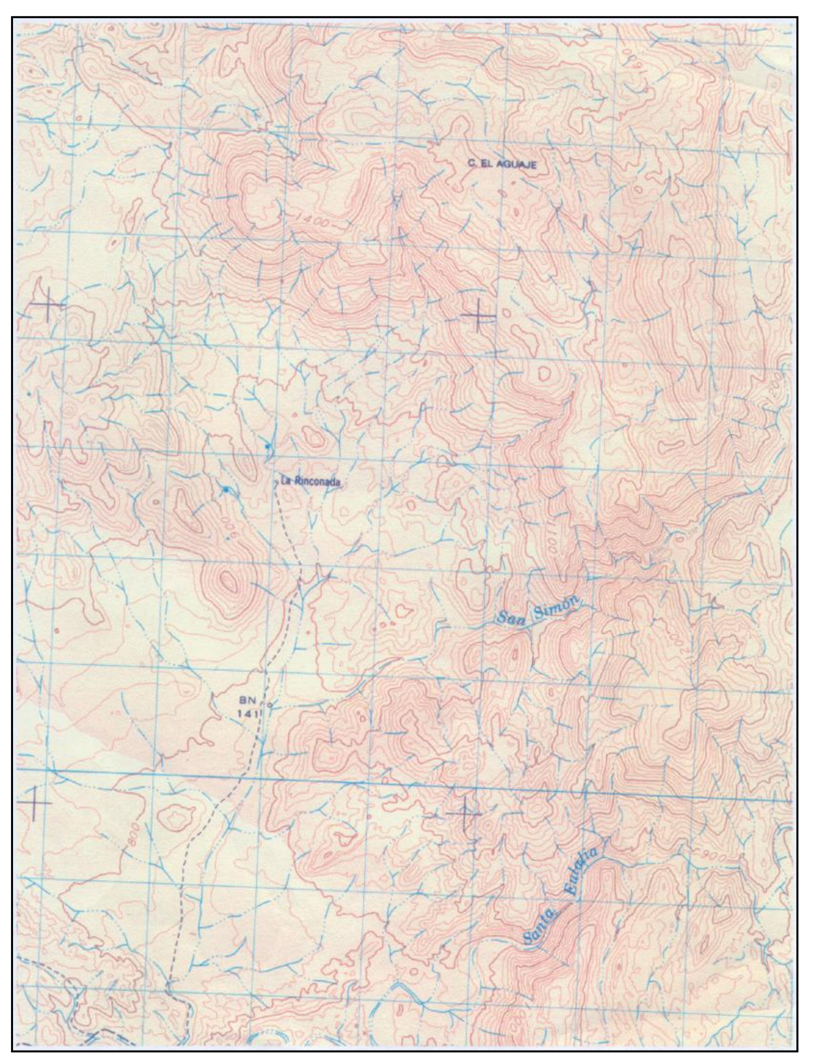
El día 14 registró Linck en su diario, *...dejamos a esta buena gente y continuamos nuestro camino...*, uno más de los varios comentarios que el misionero hizo expresándose siempre con respeto hacia los indios. Dos horas más tarde la expedición llegó a un arroyo con poco agua, y cuatro horas después descendieron a una tierra baja en la que encontraron abundante pasto. Se encontraban aproximadamente a los treinta grados y medio de latitud, más cerca del golfo que del Pacífico, casi en el mismo paralelo de San Quintín. Estando aquí fueron abandonados por los gentiles que los habían acompañado, y aunque luego llegaron ocho, también se marcharon por la noche, de suerte que para el día siguiente no tenían guías que los orientaran por la mejor ruta.

Es natural que los nativos, después de satisfecha su curiosidad por conocer a los españoles, y de haberles servido brevemente de guías y consejeros sobre la mejor ruta a seguir, se devolvieran a sus rancherías en donde estaban sus familias y amigos; por otra parte, no es ilusorio pensar que los miembros de aquellas etnias, al aceptar siempre de buen grado servir de guías a los expedicionarios, por extraños que éstos les parecieran, obedecían a una regla tácita de sus costumbres por la cual eran hospitalarios y serviciales con los forasteros que no les significaran peligro[71].

Al no apreciar de momento algún paso accesible por la sierra, que se mostraba impenetrable, Link se vio obligado a enviar dos grupos de exploradores en búsqueda del ansiado camino. El primer grupo escaló una de las cimas desde la cual pudieron ver el mar, pero les fue imposible cruzar hacia el este; afortunadamente para los viajeros, el segundo grupo en el que iban dos soldados sí encontró una ruta que los llevaría al otro lado de las montañas, y así se lo hicieron saber a Linck y a don Blas Fernández. El domingo 16 siguieron el camino indicado, ascendiendo poco a poco hacia el noreste, hasta que encontraron un arroyo con agua y pasto en donde acamparon para pasar la noche.

Capítulo IV.
El cruce de la Sierra de San Pedro Mártir

El lunes 17 continuó el ascenso a la sierra, dirigiendo el rumbo aun más al noreste; la marcha se hacía a pie y cabresteando a las bestias, pues montados los viajeros corrían el peligro de rodar por los profundos desfiladeros. Al llegar a una de las cimas pudieron ver nuevamente el Océano Pacífico y describieron su costa como orientada directamente de sur a norte; se trataba indudablemente del trayecto de litoral entre San Quintín y Camalú (Ver mapa p. 10). Los pinos, las palmeras y los álamos blancos se mostraban abundantemente, pero la esplendidez del paisaje no era suficiente para facilitar la marcha, y ese día viajaron apenas un poco más de quince kilómetros en siete horas, lo que da idea de la dificultad que el terreno presentaba para poder avanzar. Se detuvieron en un arroyo con



Mapa de La Cieneguilla, hoy La Rinconada. El lugar, a los 30°34' L.N., fue descubierto por Linck cuya expedición acampó allí probablemente el domingo 16 de marzo de 1766, poco antes de cruzar la sierra hacia el este. Entre las curvas remarcadas hay desniveles de 100 m. de altura, y la distancia horizontal entre las rectas azules es de 500 m.; esto da idea de lo accidentado del terreno; obsérvense al noreste elevaciones de más de 1600 m.. Fue punto de cruce de las expediciones que después hicieron franciscanos y dominicos (INEGI)

álamos, sauces y mucha agua, y en este lugar dos soldados que hacían un reconocimiento del terreno encontraron gran número de huellas de nativos.

Entre los días 15 y 17 de marzo es muy probable que la expedición haya acampado en o muy cerca de La Cieneguilla, hoy La Rinconada, situada a los 30° 34' de latitud norte y 115° 23' de longitud oeste (Mapas pp. 10 y 29).

El lugar es de fácil acceso por el sur, pero por el norte las montañas alcanzan más de 1 400 metros de altura y por el este cerca de 1 300. Sin embargo, los arroyos de San Simón y Santa Eulalia son algunos de los sitios por los que se puede iniciar el ascenso de la sierra.

El martes 18 de marzo, viajando por cuatro horas, la expedición desvió aun más la ruta hacia el este, estaban empezando a cruzar la cumbre de la sierra, los arroyos con muchas palmas y álamos se sucedían uno tras otro, hasta que acamparon en un valle atravesado por varias cañadas con bastante agua. De aquí salieron varios soldados y nativos para hacer la acostumbrada exploración, pero al poco tiempo se vieron obligados a regresar, pues aunque se contemplaban el Golfo de California, y el valle de San Felipe entre el litoral y las montañas, tuvieron que detenerse al ser bloqueados por *un paso muy difícil,* según Linck . Esta descripción hace pensar que estaban en una latitud muy poco al sur de San Felipe, casi del lado oriental de San Pedro Mártir.

Estando aquí, algunos de los neófitos salieron a buscar mezcales para tatemarlos, y al oscurecer regresaron acompañados de una anciana india cuyos años y los ostensibles

padecimientos que la aquejaban encorvaban su cuerpo. Linck sintió piedad por la mujer y dispuso que los interpretes intentaran instruirla con las ideas básicas del Evangelio. Poco se logró en este sentido con la anciana, pero aun así el misionero procedió a cristianizarla el 19 de marzo, poco antes de partir. Linck da a entender en los registros de su diario que tal vez la mujer no estaba preparada para el bautismo, ya que en momentos pareció rechazar la idea, aunque en otros se mostraba bien dispuesta a ello. Ante la duda, de cualquier manera el misionero decidió bautizarla, lo que en circunstancias semejantes no acostumbraban hacerlo los otros religiosos.

El día 19 todavía la expedición marchó hacia el este, sorteando los peligros que las montañas presentaban a su paso, llegaron al sitio en el que se habían detenido los soldados el día anterior, y aquí fue necesario que todos se pusieran a trabajar arduamente para nivelar en parte una vereda que les permitiera continuar.

No hay forma de determinar con exactitud el sitio por el que cruzaron la sierra de San Pedro Mártir; Burrus da a entender que fue aproximadamente a los 30° 37’ de latitud, pudieron hacerlo por el cauce bajo del arroyo Agua Caliente, o más probablemente procediendo desde el sitio que Linck llamó La Cieneguilla[72], conocido hoy como La Rinconada de la que se habló en párrafos anteriores, viajando hacia el noreste.

Esa tarde, el misionero subió a pie hasta una cumbre desde donde pudo ver el Golfo de California, y tomando como referencia el mapa de Fernando Consag, escribió en su diario que se encontraban enfrente de la Ensenada de San Buenaventura, nombre que dio este misionero a la bahía que está enseguida de San Felipe hacia el norte.

Por la descripción que hace el misionero del terreno y el tiempo viajado, lo anterior pareciera dudoso para algunos, sin embargo, al decir en su diario que estaba seguro de encontrarse frente a San Buenaventura[73], contemplando el mar desde una posición geográfica favorecida por la altura, y señalar además que también se veía el valle que

Lugares de nombres conocidos en los que acamparon los viajeros en su viaje de ida. De unos 28 sitios, hay 19 de los cuales se desconocen los nombres	
Viernes 21 de febrero, 1766	Vimbet
Sábado 22	Yubai
Domingo 23	Kanin
Lunes 24	Keda
Miércoles 26	Laguna Chapala
Viernes 28	San Luis
Lunes 3 de marzo	Keita
Miércoles 5, jueves 6 y viernes 7 de marzo	Vellicatá
Sábado 8 y domingo 9 de marzo	San Juan de Dios

Lugares de nombre conocido en los que acampó la expedición de Linck de 1766 en el viaje de regreso. Hubo unos cinco sitios de los cuales se desconoce el nombre	
Lunes 7 de abril	Keita
Martes 8	Cataviña
Jueves 10 y viernes 11	San Luis
Sábado 12 y domingo 13	Calamajué o Calagnujuet
Lunes 14 a viernes 18 de abril	San Francisco de Borja

LOS CAMPAMENTOS

En el mapa de la página nueve, los puntos negros que aparecen en la ruta corresponden al lugar aproximado en los cuales los expedicionarios establecieron campamentos, aunque la precisión absoluta en la ubicación de muchos de esos lugares es imposible. Acostumbraban plantar sus tiendas en lugares cercanos a arroyos o aguajes y que tuvieran pasto para los caballos y mulas, aunque esto no siempre pudo hacerse, y cuando no tenían guías, el padre Link y el teniente Fernández de Somera mandaban partidas de exploradores para que buscaran la mejor ruta, lo cual podía ocuparlos uno o dos días. El cuidado de las bestias por la noche debió hacerse con mucha atención, tomando en cuenta que los pumas o leones de montaña merodeaban con frecuencia los improvisados corrales en que los viajeros encerraban a la caballada. En varias ocasiones tuvieron que dedicar todo un día en campear los animales que habían huido la noche anterior espantados por el depredador, con el fin de llevarlos al corral del campamento.



Sierra De San Pedro Mártir. El primer europeo que la conoció fue Linck

el día anterior habían contemplado los soldados entre las montañas y la costa, es casi seguro que la expedición se encontrara efectivamente casi a la altura de San Felipe, aunque esto discrepe con el mapa que se anexa en la edición de Ernest J. Burrus del diario de Linck, en el cual, el 19 de marzo acamparon aproximadamente a 30° 37' de latitud, todavía a unos cincuenta kilómetros al sur del paralelo correspondiente a la bahía de San Buenaventura[74].

El jueves 20 de marzo por la mañana, un indio gentil que los viajeros encontraron les enseñó la ubicación de un aguaje, este hombre les hubiera podido ser de mucha utilidad pero se escapó al poco tiempo[75].

Continuaron su marcha por la vereda en la que habían trabajado el día anterior, aunque de todos modos no pudieron montar en sus caballos y mulas por lo abrupto del terreno, y el descenso tuvo que hacerse a pie. Al final del día, Linck anotó en su diario: *...Hicimos tan poco progreso que nada más alcanzamos hoy a dejar la molestísima sierra...* Habían cruzado la sierra de San Pedro Mártir y se encontraban en su falda oriental. Aquí acamparon en un arroyo.

El viernes 21, después de cuatro horas de marcha siempre por una ruta hacia el norte pegada a la sierra, se detuvieron en un arroyo para acampar, y salieron dos soldados con algunos neófitos con la acostumbrada consigna de buscar más adelante un aguaje y algunos gentiles que les sirvieran de guías. Linck también mandó una partida de exploradores hacia la playa *cercana*, como lo dice en su diario, lo cual no concuerda con el mapa ya citado de la obra de Burrus, pues en él la distancia del punto en el que supuestamente se encontraban hasta la playa era de unos cuarenta kilómetros[76], distancia que no se puede considerar "cercana" dadas las condiciones del terreno, como se menciona más adelante. El misionero deseaba saber si los nativos que habitaban en la costa sacaban pescado del mar, pensando que si así era y el viaje no presentaba problemas, podían mejorar su alimentación[77].

Al día siguiente, sábado 22 de marzo, al hacer un reconocimiento del arroyo en el que estaban, vieron que cerca de su nacimiento, había muchos sauces y carrizos, y el agua, que brotaba en varios lugares y con distintas temperaturas formaba un buen caudal. Pudiera ser que se tratara del arroyo de Agua Caliente, que se forma en la sierra de San Pedro Mártir aproximadamente a los 30° 43' de latitud norte para luego dirigirse al sureste rumbo a Valle Chico, o a algún sitio cercano al nacimiento del arroyo Huatamote, en donde todavía hay un lugar llamado Agua Caliente, aunque esto resulta difícil de aceptar, pues entonces estarían al sur de los 31° de latitud norte, lo que es muy dudoso. Lo cierto es que desde ese lugar, los viajeros contemplaron las faldas de la serranía con abundantes palmeras y pinos en lo alto, encontraron porciones pequeñas de tierra cultivable a los lados del arroyo, y el religioso consideró que el sitio se podía escoger para asiento de una misión.

Ya oscureciendo regresaron los neófitos exploradores que habían salido el día anterior hacia la costa, aunque muchos de ellos no tuvieron el vigor necesario para atravesar todo el arenal, y sólo los más fuertes pudieron llegar hasta la playa. Todos los españoles que conocieron a los primitivos californios exaltaron siempre su capacidad para realizar marchas prolongadas, lo que significa que desde el lugar en que estaba la expedición hasta el litoral habría unos cuarenta kilómetros, o más, pues sólo con tal distancia se explicaría

que varios nativos no hubieran podido terminar la caminata. Un cálculo burdo del tiempo que viajaron los indios hasta la playa y el que destinaron al reconocimiento del lugar hace pensar que pudieron hacer el viaje de ida y vuelta en unas veinte horas más o menos, suponiendo que el día 21 salieron poco después del amanecer y regresaron el 22 al anochecer. Lo anterior permite suponer que la jornada sencilla fue de unas diez horas, tiempo en el que debieron viajar bastante más de los cuarenta kilómetros ya señalados, tratándose de hombres tan avezados como ellos a las marchas prolongadas y difíciles. La distancia al litoral, pues debió ser de cuando menos 40 Km.[78].



Imagen satelital de la región deltaica del Río Colorado. El 26 de marzo la expedición debió estar en algún punto cercano al extremo sur de la línea amarilla que el autor trazó al oeste de Sierra de Los Reyes, hoy Sierra Pinta. "La Bomba" y S. El Mayor también son agregados a la imagen original

Cuando regresaron, los exploradores reportaron a Linck y a Fernández de Somera que encontraron una ranchería cercana a un aguaje, el cual coincide con el que describió el padre Consag localizado en San Felipe, y que aparece en su mapa "Seno de Californias y su Costa Oriental" (Ver p. 21). Los indios de la ranchería huyeron, excepto dos que fueron llevados hasta el campamento por los soldados y neófitos de Linck.

Varios soldados que también llegaron hasta la playa encontraron otra ranchería cuyos habitantes prefirieron pelear contra aquellos extraños forasteros, tendieron sus arcos y estuvieron a punto de

iniciar un combate, afortunadamente fueron convencidos por los exploradores que sus intenciones eran pacíficas, y acabaron mostrándoles el aguaje.

Los indios gentiles que habían traído los exploradores estaban vigilados por un soldado, pero uno de ellos logró escapar por la serranía mientras que el otro fue detenido en su intento. Éste, cuyo lenguaje entendían los españoles y los indios intérpretes con mucha dificultad[79], les proporcionó alguna información sobre la ruta a seguir, y el día 23 les sirvió de guía. Conducidos por él llegaron a un arroyo muy grande, pero no lo pudieron explorar para no perder tiempo y poder llegar a otro arroyo más lejano, viajando ahora un poco hacia el noroeste. Linck sabía que el tiempo se agotaba para concluir su empresa.

Las versiones de los diarios que se mencionan en párrafos anteriores, tienen a partir del 23 de marzo bastantes diferencias en sus registros; es este caso se ha seguido el documento de la Biblioteca Bancroft[80].

Ese domingo 23 de marzo los expedicionarios viajaron durante cuatro horas faldeando el oriente de las montañas, aunque pasaron por dos aguajes los animales no pudieron beber el agua, y al llegar a un llano que les pareció propicio para acampar se detuvieron.

Conducidos todavía por el indio gentil que permanecía con la expedición, el 24 de marzo continuaron viajando por las faldas de la sierra hacia el noroeste, y a las dos horas de camino llegaron a un arroyo con mucha agua, flanqueado por tierras planas y gran cantidad de álamos, desde donde se contemplaban los pinares de la sierra. Linck consideró que el lugar reunía las condiciones para que se plantara una misión. Se encontraban quizá a un poco más de veinticinco kilómetros al noreste del cerro La Encantada[81]. Cerca del lugar encontraron a una india, *vestida modestamente*[82], quien les aseguró que si seguían pegados a la sierra encontrarían agua todos los días. Muy cerca de allí, varios exploradores de la expedición encontraron en las montañas una ranchería de la que llevaron sin problemas varios hombres al campamento, en donde durmieron. Esa noche, asustados por algún león[83] que rondaba el campamento, los caballos se espantaron y varios se fueron, lo que detuvo la marcha del contingente.

Linck sabía que se encontraban cerca del Golfo de Cortés, o Mar del Golfo, como dice el documento de la Biblioteca Nacional, pero al haber fracasado algunas partidas de exploradores, tanto españoles como nativos, en hallar aguajes cerca de la playa, se vio obligado a permanecer pegado a la sierra en donde sabía que encontraría agua todos los días, como les dijo la india. El misionero hizo la observación que la costa se dirigía "derecho al norte"[84], por lo que es seguro que estaban un arriba de los 31°, tomando en cuenta que esa rectitud en el litoral de que habla Linck, sólo puede encontrarse en la línea costera que va del norte de San Felipe a la bahía de Ometepec[85].

Auxiliados por los indios los soldados habían recapturado casi todos los caballos, y aunque no se encontraban en buenas condiciones, aprovechando la ayuda del único indio gentil que se había quedado en el campamento, avanzaron hacia el norte durante cinco o seis horas[86]; pasaron por varios aguajes y se detuvieron en el último de ellos para acampar. Poco antes de llegar a ese lugar, los indios de la expedición habían encontrado una ranchería cuyos pobladores se escaparon a la sierra, y aquí lo notable es que los neófitos y *uno de razón*[87]

describieron entre los gentiles que huían a un hombre blanco, como los españoles. Nunca se sabrá quién era ese hombre, pero podría especularse que se trataba de algún náufrago o un miembro perdido de las expediciones de Consag que sobrevivió amparado por los nativos[88].

A esta altura y por toda la ruta, se encontraron muchas huellas de los nativos que habitaban la región, así como sus cabañas[89]; el misionero expresó que los indios eran dueños de muchos bosques de pinos y álamos que bajaban de la sierra. Cuando la expedición llegó al aguaje se encontraron a tres gentiles varones, dos con sus esposas e hijos. Uno de ellos era el guama de la ranchería y al ver a aquellos extraños forasteros procedió a hacer la representación que solían realizar para impresionar a su gente: hizo muecas, gritó y tembló de pies a cabeza, aparentando un estado de gran furia, sin embargo, al ver que no impresionaba a nadie, se calmó y se quedó tranquilo entre los expedicionarios.

Aquí observó nuevamente el misionero que el lenguaje hablado por los indios cambiaba radicalmente, lo cual se notó sobre todo por la extraordinaria rapidez con que pronunciaban las palabras; además, hasta los guías gentiles que prácticamente eran sus vecinos cercanos no entendieron lo que decían, lo cual convenció al misionero de que éste era el límite en donde terminaba la lengua cochimí. El extraño lenguaje de rápida pronunciación que ahora hablaban aquellos aborígenes debió ser el empleado por los ancestros de los indios kiliwas de hoy.

La caballada se encontraba con mataduras y en malas condiciones, comenzaban a espiarse[90], y las yeguas especialmente se dolían al tener que cruzar algunas partes bajas de un terreno duro, blanquecino, que se formaba por un material rocoso que arrastraban las lluvias desde lo alto. Por otra parte, los guías estaban llevando a la expedición rumbo al noroeste, cada vez más lejos del golfo, argumentando que sólo por ese camino había agua, lo cual era absolutamente cierto, y Linck lo sabía. A pesar de la breve relación que el misionero había tenido con los naturales de la región, confiaba en sus guías y sabía que no lo alejaban del golfo con algún fin perverso, sino que sencillamente era cuestión de supervivencia: si descendían directo al golfo podrían perecer de sed, además de que la región entre la Bahía de Ometepec y la desembocadura del Colorado, con sus pantanos y zonas inundadas les hubiera dificultado en gran manera alcanzar las bocas del río.

Los guías relataron a Linck que para poder viajar a la playa sin agua desde la posición en que estaban, se ocupaba más de un día de jornada, y que cuando rara vez lo hacían, caminaban de noche y durante el día se enterraban en la arena para soportar las altas temperaturas. Actualmente se ha comprobado que en los tórridos y soleados veranos del desierto, a unos cincuenta centímetros bajo la superficie de la candente arena la temperatura desciende a un nivel soportable, lo que da veracidad a lo dicho al misionero por los indios

Los diálogos con los gentiles nativos de la sierra eran penosamente lentos por la discrepancia de su lengua con el cochimí, pero los intérpretes creyeron entender lo siguiente: casi todos los indios de la región tenía amplios conocimientos sobre el Río Colorado, pero ninguno sabía algo sobre su desembocadura; el Océano Pacífico estaba cerca del río formándose un istmo; y el agua "de mar" se podía tomar, refiriéndose quizá a que cerca de las bocas de la corriente, el agua dulce fluye sobre el líquido salino,



Las dos piezas de arriba y la izquierda de abajo son ejemplos de cerámica elaborada por tribus del bajo Colorado. El recipiente de abajo a la derecha era de varas de sauce. Aunque las imágenes se publicaron en 1889 en "The Overland Monthly", dan idea de la fina artesanía que mencionó Linck al referirse a las ollas de barro que los indios de la sierra adquirían de las etnias del Colorado

especialmente en la época de inundaciones, lo que efectivamente hace posible sacar agua potable de lugares situados geográficamente "en el mar".

El casi desconocimiento que los indios de la sierra tenían sobre las bocas del río, resulta lógico por el terreno prácticamente inaccesible que debe haber existido por la ruta terrestre hacia aquel lugar; lo que sí es difícil de explicar es la supuesta existencia del istmo o faja de tierra entre el océano y el río, dada la cercanía de éstos según lo expresado por los nativos, lo cual era obviamente falso. Sobre esto último, tal vez la dificultad para interpretar las señas y expresiones de los gentiles hicieron que el misionero entendiera mal lo que querían decir; o quizá los indios sólo dijeron que consideraban al Océano Pacífico relativamente cerca, lo cual era cierto, dados los frecuentes viajes que llegaron a hacer hacia rancherías situadas muy cerca de la costa occidental de la península[91]. También pudo ser que los indios hablaran del Golfo de California, el río y las islas del delta, de lo cual se derivó la confusión.

Las ollas de barro artísticamente decoradas que algunos aborígenes de la sierra poseían, así como las cobijas y telas de algodón, algunas de fina apariencia, las obtenían de la gente que habitaba en las riberas del río, quienes, aunque eran indios como ellos, "usaban alguna ropa". También supo Linck por los nativos que quienes habitaban la región del Colorado

eran feroces guerreros, los arcos que usaban eran más altos que ellos, llevaban las flechas en aljabas pendientes de la cintura, y además usaban lanzas de palo y una especie de espada de madera con la que cortaban la cabeza a sus enemigos[92].

A pesar de todo, don Blas Fernández decidió adelantarse tratando de llegar al río, acompañado por cuatro soldados montando mulas recién herradas, tomando en cuenta que casi toda la caballada se encontraba inutilizada de sus pezuñas[93]. Con alguna dificultad, el militar convenció al misionero para que se quedara, no sólo por la escasez de bestias en buenas condiciones, sino porque debería permanecer para cuidar a los enfermos, y para ahorrarse los riesgos y molestias de un viaje tan aventurado. Linck tenía treinta años, y al igual que sus hermanos jesuitas, la fe lo sostenía e impulsaba para realizar las más arduas empresas que condujeran a la evangelización de los gentiles; además, los bríos propios de su juventud le permitían aceptar con gusto los riesgos y peligros de las exploraciones que emprendía. Sin embargo, esta vez comprendió la razón que asistía al teniente y no tuvo más remedio que permanecer en el campamento.

Ya se ha dicho que el 19 de marzo, Linck aseguró que se encontraban enfrente de la Bahía de San Buenaventura, ligeramente al norte de San Felipe, aunque según el mapa empleado por Burrus, les faltaban unos cuarenta kilómetros de camino para llegar a ese punto. Esto no podría achacarse al reiterado error por exceso de un grado que constantemente cometió en el cálculo de la latitud, porque en este caso se basó en la observación directa de la costa[94], aunque se admita que los errores mencionados del mapa de Consag consecuentemente llevaron a Linck a ubicar mal las latitudes[95]. Sin embargo, la verdad es que estas inexactitudes poco tuvieron que ver con el tiempo en el que Linck planeaba llegar al río, para el caso, decir que el 19 de marzo le faltaba viajar de los 31 a los 32 o de los 32 a los 33 grados es lo mismo en cuestión de tiempo o distancia.

Para el día 26 de marzo la expedición se encontraba por el lado occidental y casi al pie de la Sierra de los Reyes[96], la cual hoy se conoce como Sierra Pinta, que se ubica al este del extremo sur de la Sierra de Juárez, a una latitud de 31° 30’ en su extremo sur, aunque por las razones explicadas antes, el misionero pensara que se hallaban a los 32° 30’. Para ahora según sus observaciones, y en esto sí tenía razón, la distancia que los separaba de la playa era casi el doble de la que había seis días antes, aunque los gentiles del rumbo dijeran que el gran río estaba cerca. Según lo expresado en el diario del viaje, los expedicionarios se encontraban al sur de la ladera occidental de la Sierra de los Reyes, con la Sierra de las Tinajas al oeste[97], y en una apreciación correcta, los nativos aseguraban que siguiendo por las faldas de la serranía hacia el norte llegarían al río. Esto era cierto.

Capítulo V. Una difícil decisión, el regreso

Linck se enfrentó a las alternativas siguientes: seguir la ruta corta hacia el noreste, a las bocas del río, por terrenos sin agua, rumbo a la zona pantanosa que está a lo largo de la costa y es prácticamente impenetrable; o seguir un camino más largo pegado a la sierra, todavía hacia el norte, para luego bajar al punto conocido después como “La Bomba”[98] del que se podía ir a la desembocadura del río, a unos 100 kilómetros de donde estaban, por un sendero que el misionero suponía menos peligroso. Si hacían esto último, al llegar al río

tendrían que seguir todavía algunos kilómetros al sureste hasta la desembocadura. Linck calculó, conforme a los informes recabados de los gentiles, que en este caso emplearía *de diez a quince días, o aun hasta veinte*, en el viaje sencillo[99]. La ruta larga presentaba precisamente el grave inconveniente del mayor tiempo que requería.

La caballada estaba casi imposibilitada por tener los cascos espiados, San Francisco de Borja, la añorada misión frontera, estaba a más de 450 Km. de distancia, y había algunos enfermos que hacían la marcha con gran dificultad. Linck, seguramente debió pensar que empecinarse en seguir con la expedición hacia el Colorado podría tener consecuencias graves, por lo que decidió que se iniciara el regreso el jueves 27 de marzo, como en efecto se hizo.

Los fatigados exploradores volvieron hacia el sur siguiendo la ruta por la que habían viajado, siempre pegados a las faldas de la sierra[100]. Nada especial menciona el misionero en su diario que haya ocurrido los días 28, 29 y 30 de marzo, aunque el 29 cumplió 30 años. Por ese tiempo llegaron a donde habían dejado descansando a los hombres que se habían enfermado en el viaje de ida, junto con algunos indios que los cuidarían, sin embargo, el lugar estaba solo, lo que con razón hizo suponer al misionero que todos se habían regresado a San Luis.

El martes 1º de abril necesitaban buscar un lugar adecuado para subir y cruzar la sierra hacia el oeste, por lo cual Linck y el teniente Fernández mandaron a dos soldados a hacer las exploraciones necesarias en búsqueda del ansiado paso. Al amanecer, un helado viento del oeste había traído nubes y hasta una nevada que causó el malestar de todos, pero lograron avanzar hasta el lugar por el cual iniciarían el ascenso a las montañas, y allí acamparon. El día 2 comenzaron la penosa subida, casi siempre cabresteando las bestias; alcanzaron el paso y pudieron llegar sin grandes dificultades al valle rocoso en el que habían acampado el día 19 de marzo, y de este lugar salió un grupo de tres exploradores para buscar la mejor ruta con el fin de bajar hacia la falda occidental. Los exploradores regresaron al siguiente día con la buena noticia de que había un camino que no les ofrecería dificultades serias[101]. Es muy posible que al regreso, el día 4 la expedición haya cruzado la sierra de San Pedro Mártir un poco al sur del punto por donde la pasaron en el viaje de ida.

Ese viernes 4 de abril viajó el contingente descendiendo por dos arroyos con agua y mucho pasto, y en el segundo se detuvieron para acampar protegidos por los abundantes alisos que había en las márgenes. Para el siguiente día, ya alejándose más y más del espinazo de la sierra, los viajeros fueron recibidos por los indios de una ranchería que sabían de su regreso[102], con un buen número de mezcales tatemados. Después de un breve descanso, los nativos acompañaron a la expedición hasta el lugar en el que habían acampado el día 9 de marzo en el viaje de ida, sitio que debió estar muy cerca de San Juan de Dios, en donde descansaron.

Según lo expresado por el misionero, tal parece que de la región de San Juan de Dios el grupo cortó camino sin pasar por Vellicatá y se dirigió directamente a Keita[103], a donde llegó tras dos días de viaje en el que tuvieron que soportar las molestias del viento del oeste y una pertinaz lluvia. En Keita acamparon, escampó por la noche, y al despejarse el cielo pudieron todos ver un cometa que, según datos del Observatorio Lick, se trató del que lleva

por nombre “1766 II”, también llamado Helfenzrieder, que con seguridad pudo contemplarse a la simple vista los días 7 y 8 de abril, al noroeste, sobre la constelación de Aries, poco antes de las veintiuna horas. Ya entrada la noche se volvió a nublar y regresó la lluvia con algunas rachas de nieve.

Al mejorar el clima, el martes 8 salieron hacia Cataviña, en donde acamparon, continuaron luego su marcha casi directo al este, y fue hasta el jueves 10 de abril cuando llegaron a San Luis, en donde tuvieron la alegría de ver sanos y salvos a los hombres que a medio camino se habían enfermado. Aquí dice Linck:*...los indios gentiles me siguieron a la misión* y *ya todos han sido bautizados*[104]. Después de un buen descanso, el viernes salieron a Calagnujuet[105], en donde a pesar de lo estéril del terreno hay agua, y allí acamparon.

Al siguiente día reiniciaron la marcha, que se hizo sin incidentes de importancia, y el viernes 18 de abril de 1766 llegaron a casa, la misión de San Francisco de Borja, en donde los viajeros solemnemente dieron gracias a Dios por haberlos protegido de todos los peligros a los que se enfrentaron en el viaje.

Así terminó la extraordinaria exploración que Wenceslao Linck inició al salir la tarde del 20 de febrero de 1766 de San Francisco de Borja hacia el Río Colorado, tardó treinta y cinco días en el viaje de ida y veintitrés de regreso para un total de cincuenta y ocho días de marcha, al cubrir una distancia de unos cuatrocientos kilómetros de ida y otros tantos de regreso. Los datos anteriores permiten calcular un promedio de distancia diaria recorrida de algo más de once kilómetros, un avance lento que se explica por las dificultades del camino.

En la última parte de su diario, Linck, después de aclarar que algunas anotaciones de determinadas fechas no se hicieron precisamente en el lugar, ya que, como lo expresa, *...nuestra atención era a menudo requerida por asuntos más urgentes...* hizo una descripción de animales y plantas de la región de la que destacan las siguientes observaciones: al sur de San Luis había dos clases de palmas, unas útiles de color cenizo que también las había en el norte, sin ninguna aplicación, y que aun se les llama palmas cenizas o azules; y otras verdes y altas, más propias del sur y que eran de bastante utilidad; también describió la existencia en las cañadas que daban al Golfo de California unos árboles *muy altos* que se parecían a los álamos blancos, además de encinos, mezcales y unos árboles que llamó “medeza” y que los ubicó cerca del golfo. Hizo notar que las pitahayas desaparecían desde antes de llegar a San Luis, a excepción de algunas que se encontraban en algunos lugares, pero amargas. Respecto a los cardones, Linck señaló que se seguían dando hasta llegar a la sierra, la cual se encontraba cubierta de pinos.

Recalcó el misionero que de San Luis en adelante había abundancia de liebres y conejos, más que en ninguna otra parte conocida de la península, por lo que los naturales tenían el alimento seguro con estos animales. Respecto a las aves, mencionó la abundancia de alondras, correcaminos o *churchas*, como decía él, codornices y una especie de perdiz. Un detalle interesante en esta última parte de la narración es que los indios estaban criando en una jaula un pollito de perdiz, y elaboraron con sus delicadas plumas unas especies de ramilletes, cuyos colores *estaban dispuestos con maravillosa simetría*[106]. Este episodio, sencillo en la forma como se describe, permite elevar de alguna manera el nivel cultural de

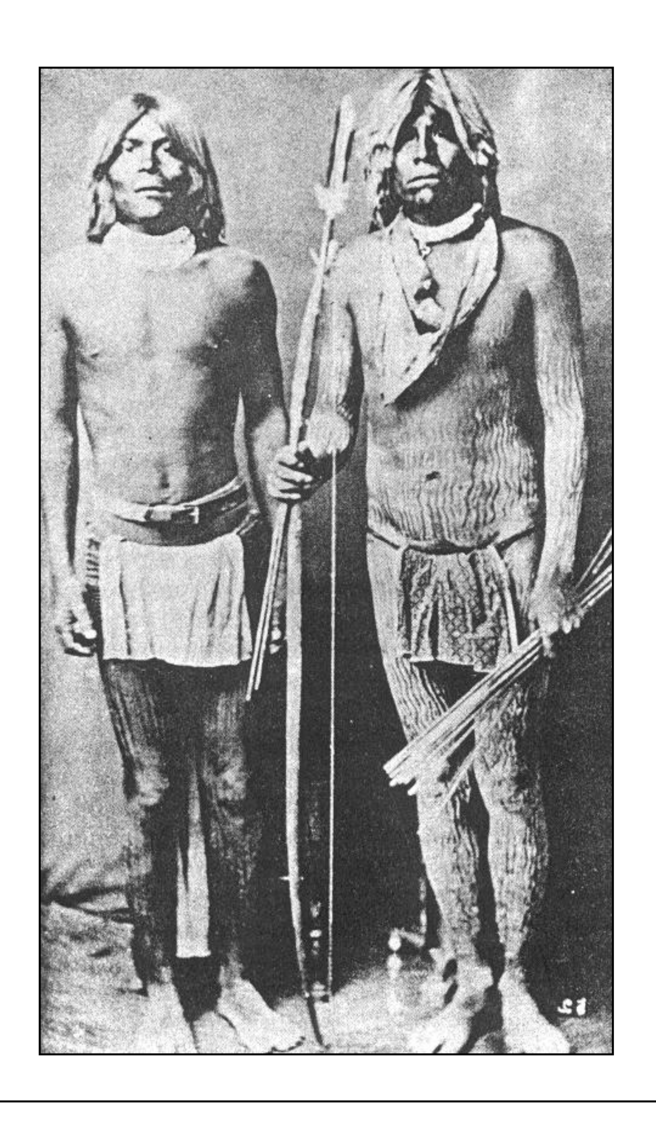
los californios, porque demuestra que eran capaces de criar algunas aves que seguramente les servirían de alimento; y también su capacidad artesanal, por los ramilletes de plumas que obsequiaron al misionero. Pero en la personalidad de Linck, una vez más, destaca una especial sensibilidad al ponderar la calidad estética del obsequio y haberlo considerado como algo digno de registrarse.



La imagen muestra un bosquecillo de palmas azules o cenizas a las que se refirió Linck. Éstas se encuentran en una barranca de la Sierra de San Francisco; y aunque el misionero las consideraba sin ninguna aplicación, cuando menos en épocas remotas sirvieron seguramente para hacer andamios y pintar las partes más altas en Cueva Pintada y otros sitios de pinturas rupestres.

Más adelante, el jesuita explorador mencionó que de Vellicatá en adelante, las mujeres se cubrían con modestia, pero que se adornaban feamente al pintar sus caras con colores encendidos y horadarse las orejas para pasarse una varita de lado a lado. Si el misionero hubiera podido conocer las costumbres que doscientos cuarenta años después se emplearían como moda elegante, tal vez no se hubiera sorprendido tanto. Aun así, puede decirse que a diferencia de otros religiosos de la época, en lo general no festinó con escándalo las costumbres de los nativos, tan diferentes al ideal civilizador que se trataba de imponerles.

Al final de su diario, Linck escribió lo acostumbrado: *O. A. M. D. G.* , que quiere decir *Omnia ad majorem Dei gloriam,* o "Todo por la mayor gloria de Dios", y firmó *Wenceslaus Linc de la Compañía de Jesús.* En su firma, arriba de *Linc* está escrito *Linck*[107].



Fotografía de indios cucapás, de lengua yumana, tomada en 1870. Ancestros de hombres como éstos habitaban cerca de la desembocadura del Colorado en Baja California cuando Wenceslao Linck viajó a esa región, aunque el misionero no pudo llegar a su destino final. A quienes sí conoció es a los kiliwas, que habitaban al sur de la Sierra de San Pedro Mártir, y probablemente a los pai pai, localizados un poco al oeste de los anteriores. Todos estos indios son físicamente muy parecidos, de muy elevada estatura y presencia altiva, como puede notarse en la imagen, y forman parte de las pocas etnias descendientes de los primitivos californios que no se extinguieron. Los cucapás practicaban una incipiente agricultura en la época del viaje de Linck, aprovechando las aguas del Colorado para regar sus siembras de maíz de varias clases, melones y calabazas, sin embargo, su cultura debe haberse degradado después de la llegada de los europeos.

Los kiliwas, las liebres y los bumerang[108] de no retorno en tiempos de Linck

Francisco Xavier Clavijero, en la página 58 de su Historia de la Antigua o Baja California, dice lo siguiente: *...Para cazar liebres, a más de los lazos y redes de que usan ordinariamente, se valen los cochimíes de un modo más sencillo y más fácil, sin otro instrumento que un palillo curvo de casi pie y medio de longitud. Cuando caminando ven una liebre, le arrojan con tal destreza aquel palillo arrastrado sobre el suelo, que va derechamente a romperle las piernas; y de este modo suelen coger muchas sin interrumpir un momento su camino...*

Es seguro que uno de los misioneros que más contacto tuvo con los cochimíes y etnias del norte fue Wenceslao Linck, aunque en su diario al Colorado no hace referencia a los *palitos* de que habla Clavijero; sin embargo, éste bien pudo enterarse del instrumento de cacería mencionado por los reportes que el misionero explorador hizo a sus superiores. Lo cierto es que la abundancia de liebres y conejos en muchos de los lugares por los que pasó Linck, es un importante dato del que se infiere que los californios de esas regiones tenían en la carne de esos animales una fuente alimenticia rica en proteínas. Los kiliwas, y al este de ellos los pai pai, son de las pocas etnias que aun subsisten en el sur de la Sierra de San Pedro Mártir, y en la época actual, algunos de ellos llegaron a usar los palitos aplanados para la cacería.

Estos palitos, como los llamó Clavijero, tenían un perfil aerodinámico semejante a el ala de un avión, y constituyen una especie de bumerang de no retorno, que al arrojarse adquieren gran velocidad y su alcance puede llegar a los sesenta metros. Hoy, los indios kiliwa y pai pai venden estos artefactos a los visitantes que llegan ocasionalmente a Santa Catarina o a alguna otra de sus comunidades, aunque lo que ahora emplean para cazar es el rifle 22 o la escopeta, cuando tienen los medios para poseer tales armas.



El dibujo de arriba muestra un bumerang de no retorno empleado por los kiliwas en 1926, de acuerdo con fotografías y datos de los investigadores norteamericanos Henry C. Koerper, Bruce Pinkston y Michael Wilken. PCAS Quarterly, Vol 34, 1998.

Poco antes de que todos los jesuitas tuvieran que abandonar la península en 1768, sobrevino en San Borja una epidemia de las que solían presentarse y diezmar sobre todo a la población indígena, muchos nativos murieron y prácticamente todos se enfermaron, por lo que Linck hizo el consiguiente reporte a las autoridades. El recién nombrado gobernador Gaspar de Portolá, que debía cumplir la orden real de sacar a los jesuitas de la península, dispuso secretamente que se quedaran Linck y Victoriano Arnés, probablemente, hasta que la epidemia terminara. Gracias a esto, tanto los indios enfermos como los sanos que así lo quisieran se confesaron y pudieron recibir la comunión de los misioneros mencionados. Terminado este último deber, los religiosos partieron, pues además de que tenía que cumplirse de inmediato el decreto de expulsión, había el temor de que si se quedaban más tiempo los nativos los retuvieran por la fuerza y se rebelaran[109].

Capítulo VI. Conclusiones

Algunas de las conclusiones que pueden derivarse del relato que hizo Linck sobre su expedición a la región del Colorado, y que no concuerdan con las afirmaciones de casi todos los historiadores que se han ocupado del aspecto cultural de los indios y de la obra jesuítica en Baja California son las siguientes:

1°. Una misión llamada San Luis, o cuando menos una visita de ese nombre, existió en el área cercana a la Bahía de San Luis Gonzaga, quizá muy cerca del actual San Luis que está sobre la Carretera Transpeninsular, aunque ningún historiador, clásico antiguo o moderno, hablan de su existencia. Sin embargo, como se ha relatado en páginas anteriores, Linck mencionó en diversos informes y cartas a sus superiores, así como en su diario del viaje al Colorado, la existencia del centro religioso como último bastión de la cristiandad en tierras californianas en su frontera con los gentiles. Su ubicación, sin embargo, no está definida, pues el misionero dice en el registro que hace en su diario efectuado el día 10 de abril de 1776, al regresar del viaje al norte: ...*El 10 llegamos a San Luis, en donde hallamos a nuestros enfermos sanos y salvos. Los indios gentiles me siguieron a la misión, y ya todos han sido bautizados...*Al decir *me* siguieron, tal parece que el centro religioso no estaba propiamente en el asentamiento de San Luis ya referido, sino posiblemente en la afueras, aunque es difícil establecer qué tan retirado.

2º. El calificativo de "feroces" que muchos historiadores como Clavijero[110] dieron a las tribus cochimíes que poblaban la región al norte de San Borja no debe generalizarse, considerando que la expedición comandada por Linck y Fernández de Somera, después de viajar por 58 días un total de casi ochocientos kilómetros, por aquel territorio en el que predominaban los gentiles que nunca habían visto a los españoles, jamás tuvieron problemas serios de enfrentamientos armados[111] ni se dieron bajas fatales entre aquellos grupos humanos de tan diferentes culturas.

3º. En lugar de ferocidad, los aborígenes demostraron hospitalidad, ya que los extraños forasteros que llegaban a sus rancherías fueron bien recibidos, tan pronto como se dieron cuenta que sus intenciones eran pacíficas, y en incontables situaciones ayudaron a los desorientados expedicionarios a tomar el rumbo correcto para no perderse o morir de sed.

Además, siempre que pudieron les proporcionaron alimentos, principalmente mezcales tatemados suficientes para todos los miembros de la comitiva, que aparte de los dos jefes y los trece soldados, se integraba con *buen número de indios.* Aquí cabe pensar el trabajo que debieron invertir los nativos para preparar los mezcales y ponerlos a disposición de los viajeros, tomando en cuenta la explicación que se da en la página diecisiete respecto a la preparación de ese alimento.

4º. Aun en zonas realmente inhóspitas de la península, como los alrededores de Calamajué, en donde el agua es aun en nuestros días de muy mala calidad para el consumo humano y el riego agrícola, los viajeros encabezados por Linck encontraron una población relativamente densa, lo que resulta opuesto a las estadísticas de población, que existen para aquella época en el norte de la Baja California[112]. Esto obliga a pensar que la capacidad de adaptación de los primitivos californios al difícil medio geográfico, específicamente de los cochimíes, era extraordinaria, ya que el misionero siempre encontró rancherías, algunas formadas hasta por doscientas personas, aun en los más remotos lugares por los que pasó la expedición.

5º. De lo que Linck relató en su diario sobre la alimentación de los cochimíes al norte de San Borja, puede inferirse que era variada, según la región, aprovechando el pescado en las zonas costeras; y en el interior el mezcal, quiotes, dátiles, pitahayas, diversas semillas[113], piñones, conejos, liebres, venado, perdiz, etc.. En ninguna parte de su relación, el misionero hizo mención de que hubiera encontrado rancherías cuyos habitantes fueran víctimas del hambre, como muchos historiadores de la época repiten una y otra vez, y tampoco de alguna epidemia como las que asolaron frecuentemente a las etnias cercanas a las misiones del sur[114] , que antecedieron a su extinción.

6º. En su diario, el jesuita alemán mencionó que algunos habitantes del norte poseían telas de algodón, cobijas de buena calidad, y ollas decoradas con muy buen gusto, los cuales habían adquirido de los indios que poblaban la región del Colorado. Esto demuestra que cuando menos en ocasiones, los nativos, muy pocos quizá, usaban algunas telas o mantas para cubrirse, además de que algunos de ellos seguramente realizaban un comercio primitivo en forma de trueque con sus vecinos del Colorado, de quienes obtenían los productos mencionados[115].

7º. En algunos lugares de la sierra encontró el misionero habitaciones de palos, y refiere que los indios poseían muchos bosques de pino, cuya madera bajaban hasta sus rancherías obviamente para usarla. Ya en Europa, el mismo Linck, en otro informe, mencionó que los nativos de la California vivían prácticamente a la intemperie y sin cubrir su cuerpo con alguna ropa. Éste y otros aspectos negativos de las culturas y medio geográfico de la península los enfatizó porque en muchos lugares, diríase que en la mayor parte del territorio peninsular, efectivamente así vivían los californios, pero omitió los hallazgos de cabañas de madera, ropas de algodón y la cerámica de fina ornamentación en la zona serrana del norte de la que se habló en el párrafo anterior, porque al resaltar lo negativo de la península y de sus habitantes, trataba el jesuita de desmentir a quienes acusaban a la Compañía de Jesús de haberse enriquecido durante su estancia en la Baja California, a la que los detractores de los discípulos de Loyola describían como una tierra pródiga. Otro misionero que con igual vigor defendió a los jesuitas describiendo la pobreza de la

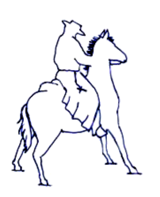
península y de sus habitantes fue Juan Jacobo Baegert[116], quien había hecho gran labor en la misión de San Luis Gonzaga en el sur de Baja California.

8°. Después de los treinta grados, Linck encontró en su viaje muchos arroyos con agua aun antes de subir a la sierra de San Pedro Mártir, y ya en ésta, las corrientes con buen caudal, las ciénegas y las verdes praderas, abundaban entre los tupidos bosques de coníferas. En su viaje de regreso, el 8 de abril, ya muy cerca de Cataviña, la expedición soportó lluvia *y hasta nevó un poco,* según el registro de su diario. De lo anterior tiene que pensarse que, aun suponiendo que el invierno y primavera de 1766 hayan sido excepcionalmente lluviosos, el clima ha cambiado con tendencia a la desertización de la península, pues aunque aun están allí los bosques de la sierra, su número de arroyos parece haber disminuido de acuerdo con el relato que hizo el misionero; aparte de que no se han reportado nevadas en los alrededores de Cataviña. Cierto que ranchos y ejidos ganaderos de esas regiones, al tener que emplear las aguas superficiales y acuíferos subterráneos han contribuido al cambio mencionado, pero la realidad es que los aguajes y arroyos de hoy son muy pocos en relación con los existentes en aquella época.

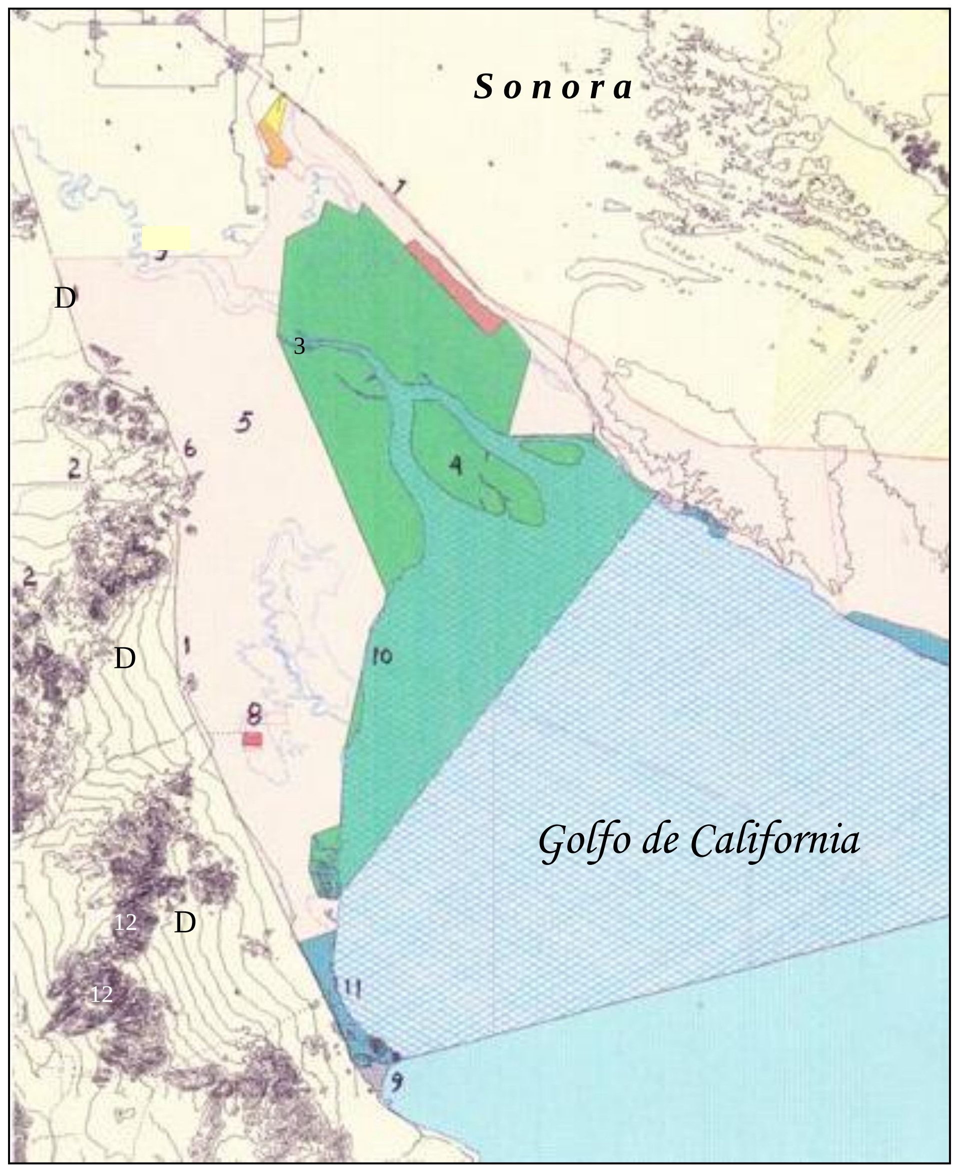
9º. Cuando Linck salió al frente de la expedición el 20 de febrero de 1766 siguió una ruta casi al oeste-noroeste, y al siguiente día llegó a Vimbet, punto que hoy se encontraría sobre la Carretera Transpeninsular, unos diez kilómetros al sur de la actual Punta Prieta. Es sorprendente que de aquí en adelante, por unos ciento setenta kilómetros, los exploradores hicieron el viaje por un camino que estaría muy cercano, y con frecuencia coincidiendo con la moderna carretera hasta Vellicatá. De aquí se dirigieron hacia el norte hasta llegar a La Cieneguilla, antes de subir y atravesar la sierra de San Pedro Mártir. Lo narrado confirma que los asentamientos provisionales de las rancherías y las veredas de los californios primitivos formaron una línea que más de doscientos años después serviría de referencia para trazar una buena parte de la moderna carretera.

Es de notarse que un misionero y explorador de la talla de Wenceslao Linck, que alumbró el oscuro concepto geográfico que se tenía de la península y de sus habitantes en la región septentrional; que abrió rutas y dejó informaciones para que después se plantaran cuando menos otras cuatro misiones, y otros misioneros llegaran hasta la Alta California, que comprobó la falacia del mito insular de California y de la existencia del Estrecho de Anián, que se adelantó a sus compañeros en la perspectiva humanista y de respeto a las culturas indígenas que después vendría, y que consideraba "el más grande honor" bautizar a los gentiles, sea tan poco conocido en su patria nativa[117] y en el México actual.

En 1768, el misionero alemán salió para siempre de la Baja California acatando el decreto de expulsión de Carlos III; llegó a Puerto Santa María, España, el 9 de julio de 1768, en donde fue detenido hasta el 17 de marzo de 1769. No se sabe cuando murió, aunque es seguro que en 1790 aun vivía en Olmütz.



Mapa que muestra las relaciones geográficas actuales de la Sierra Pinta



1. Carretera Mexicali-San Felipe, el primer viaje en automóvil entre estos lugares lo hizo el coronel Esteban Cantú en 1918; 2. Sierra Pinta, o Las Pintas, antes Los Reyes, está casi desprovista de vegetación. Al sur, en el Km. 123 de la carretera hay una empresa minera de oro y plata.; 3. La Bomba (aprox.), nombre que se daba a un embarcadero del río; 4. Isla Montague / Gore, desde hace tiempo han dejado de ser dos islas al no llegar a su desembocadura el caudal del Colorado; 5. Planicie Deltaica Baja California; 6. La Ventana; 7. Ferrocarril Sonora-Baja California; 8. Salinas Ometepec; 9. San Felipe; 10. Bahía Ometepec; 11. Bahía San Buenaventura; 12. Sierra de San Felipe; D, Desierto, una de las zonas más secas del país.

Notas

Preámbulo

[1] El dato aparece en la licencia que el virrey conde de Moctezuma concedió a los padres Salvatierra y Kino, que se encuentra en el Archivo General. El gasto al que se refirió el virrey es el que se hizo en 1683 para costear la expedición a California del almirante Isidro Atondo y Antillón, quien, acompañado por los misioneros jesuitas Eusebio Francisco Kino, Juan Bautista Copart y Matías Goñi, tratarían de establecer al sur de la península una colonia, fundar una misión y proceder a la evangelización de los gentiles. A pesar de que se hizo una exploración hacia la costa del Océano Pacífico atravesando la sierra de La Giganta y se fundó la misión de San Bruno cerca de lo que después fue Loreto, el proyecto colonizador tuvo que abandonarse en 1685 por la falta de víveres y el odio de los nativos hacia los españoles, que éstos provocaron cuando Atondo ordenó que se disparara un cañonazo contra un grupo de gentiles, consecuencia de lo cual murieron cuando menos doce de ellos.

[2] Estos datos se tomaron del artículo *Historia de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús*, por Agustín Churruca P., S.J., otoño invierno 1992, distribuido por UIA, Tijuana.

[3] El área de influencia de la misión de San Borja abarcaba un poco más de siete mil kilómetros cuadrados, la más extensa de la península en tiempos de los jesuitas.

[4] El Paso de San Matías en Baja California, al este del Valle de la Trinidad, es el punto más accesible al tránsito de oeste a este a través de las montañas, separa Sierra de Juárez de la Sierra de San Pedro Mártir y es la ruta que sigue la carretera que va de Ensenada a San Felipe. Su latitud norte es de 31° 20'.

[5] El 19 de junio de 1848, el recién electo presidente de la república General José Joaquín de Herrera decretó la fundación de 18 colonias militares que se establecerían a lo largo de la frontera norte del país para asegurar la soberanía del territorio nacional. El Coronel Rafael Espinoza, jefe político y comandante militar de Baja California, publicó en julio de 1849 la disposición por la cual se creaba la Colonia Militar de La Frontera. Para dar cumplimiento a la orden, el Capitán Manuel de Jesús Castro salió de La Paz hacia el norte el 18 de agosto al frente de un contingente de soldados y algunos civiles, y llegó a El Rosario hasta marzo del siguiente año por las dificultades encontradas en el camino y problemas administrativos.

[6] El jesuita Francisco María Pícolo escribió el primer reporte amplio sobre las misiones establecidas en Baja California hasta el 10 de febrero de 1702, y aunque es innegable el valor informativo del documento, hay que admitir que en él se exageran algunas de las bondades climáticas y productivas de Baja California, lo que seguramente se debió a su intento de promover la ayuda de los bienhechores de las misiones con un informe optimista.

[7] Linck logró en parte abrir una ruta hacia el norte, con lo cual se favoreció el establecimiento de misiones como Santa María de Los Ángeles, San Fernando Vellicatá, y San Pedro Mártir, las últimas dos plantadas por los franciscanos y dominicos respectivamente. La Carretera Transpeninsular en el actual Estado de Baja California, en su

parte sur, casi coincide con la ruta seguida por Linck, lo que demuestra la importancia de su viaje.
[8] Carr, Edward H.. ¿*Qué es la historia?*, 1987, Barcelona; p. 73.
[9] El Neudeck, Neudek o Nejdek donde nació Linck, uno de varios lugares con el mismo nombre, se encuentra en la actual República Checa, a 77.8 millas de Praga.

Capítulo I

[10] Jacobo Baegert, misionero jesuita alemán contemporáneo de Linck en Baja California, dice que éste nació en Joachimsthal, Alemania. *Nachrichten von der Amerikanischen Halbinsel Californien*, p. 201 de la traducción hecha por M. M. Brandenburg y Carl L. Baumann. The Univ. of California Press.
[11] Brno está en la actual República Checa.
[12] Los misioneros jesuitas de origen germano que estuvieron en Baja California fueron catorce, mientras que los provenientes de España fueron quince, y resulta interesante el hecho de que esta nación, la gran promotora de la labor misionera en su colonia de Norteamérica, sólo haya contribuido con dos misioneros más que Alemania para la Baja California. Los jesuitas alemanes que realizaron su labor en la península fueron Juan Jacobo Baegert, Juan Javier Bischof, F. Benito Ducrue, José Gasteiger, Adam Gilg, Everardo Hellen, Lamberto Hostell, Francisco Inama, Wenceslao Linck, Carlos Neumayer, Jorge Retz, Antonio Tempis, Ignacio Tirsch, Francisco Javier Wagner, y Bernardo Zumziel. Los nombres aparecen castellanizados, y fueron tomados del *Nachrichten* de Baegert, pp. 201-202.
[13] Santa Gertrudis la Magna es una ex misión jesuita situada apenas al norte del paralelo 28 en el actual Estado de Baja California, a unos 38 Km. de El Arco. Fue fundada por el padre Jorge Retz el 15 de julio de 1752. El edificio de cantera fue hecho por los dominicos, y hoy está completamente restaurado.
[14] El cochimí se hablaba desde un poco al sur de los 26 grados, cerca de lo que hoy es Ciudad Constitución, hasta la latitud de la bahía de San Quintín.
[15] San Francisco de Borja es el nombre de la ex misión jesuita situada en el actual estado de Baja California aproximadamente a los 28° 44´ de latitud norte, casi equidistante de los litorales del Golfo de California y del Océano Pacífico. La misión fue dedicada a San Francisco de Borja y Aragón por el padre Wenceslao Linck el 1º. de septiembre de 1762, tomando en cuenta que el establecimiento religioso se pudo edificar gracias al capital que doña María de Borja, duquesa de Béjar y Gandía, heredó a los jesuitas para que levantaran una misión en California con el nombre de su ilustre ancestro. El edificio se encuentra restaurado.
[16] La misión de Calamajué o Calagnujuet fue fundada en octubre de 1766 por los padres Victoriano Arnés y Juan José Díez al pie del monte Juzaí a unos 80 Km. al norte de San Borja, como a 27 Km. del golfo. En mayo de 1767 el padre Arnés cambió la misión a un lugar todavía más al norte, entre Cataviña y la bahía de San Luis Gonzaga; este movimiento se hizo porque el agua, saturada con sales de azufre, hacía imposible la subsistencia en el lugar. El padre Díez se había enfermado y tuvo que irse a la misión de La Purísima en el sur. La nueva misión se llamó Santa María de Los Ángeles, plantada cerca del arroyo Cabujacaamang, y fue la última que fundaron los jesuitas antes de su expulsión.

[17] Las dos últimas fueron fundadas por los franciscanos.
[18] Después de participar en la pacificación de una rebelión en la región tarahumara, el padre Juan María Salvatierra se reunió en la navidad de 1690 con el padre Eusebio Francisco Kino en su misión de Dolores, Sonora, y desde entonces planearon unir sus esfuerzos no sólo para conquistar espiritualmente la California, sino también para explorar la región de la desembocadura del Río Colorado, a fin de trazar una ruta que permitiera el abastecimiento por vía terrestre de las misiones californianas desde Sinaloa y Sonora.
[19] Thomas Cavendish , o Candi, como le decían los españoles, en octubre de 1587 se apostó en la bahía de San Bernabé, muy cerca de Cabo San Lucas, para esperar la llegada del galeón de Manila y abordarlo. El 14 de noviembre el Santa Ana, fue abordado y saqueado por los corsarios del inglés Cavendish, a pesar de la fiera resistencia que opusieron los españoles bajo el mando del capitán Tomás de Alzola y don Juan de Almendrales, canónigo de la catedral de Manila. Éste fue ejecutado por los ingleses por haber peleado contra ellos y por insultarlos aun después de la rendición del galeón.
[20] Louis Delisle de la Croyere era un cartógrafo que trabajaba para el gobierno ruso, junto con su hermano Joseph Nicolas.
[21] *The Reports of Linck´s Expeditions*; editado por Ernest J. Burrus, S.J., páginas 61-62.
[22] Esto se sabe por la biografía del misionero que apareció en la *Carta del Padre Provincial Francisco Cevallos sobre la vida y virtudes del P. Fernando Consag, insigne misionero de la California*, Colegio de San Ildefonso, 1764.
[23] *The Reports* ...; Burrus, S.J., p. 31., op.cit..
[24] Ibídem, p. 32.
[25] Para quien lea el mapa que se anexa a la traducción de Ernest J. Burrus, algunos de cuyos elementos aparecen en el mapa de la p. 10, debe precisarse lo siguiente:

1. La misión de San Francisco de Borja esta casi equidistante de los dos litorales, pero en el mapa mencionado aparece muy al oeste.
2. El lugar bautizado por Linck como La Cieneguilla, hoy La Rinconada, se encuentra a 30° 30’ latitud norte y 115° 23’ longitud oeste (Consultar Carta Topog. H11B65 del INEGI). Coincide aproximadamente con la longitud de los lugares en que la expedición acampó los días 14, 15, 16 y 17; y también con la del lugar llamado Rosarito, que sí esta bien ubicado en ese mapa, y también con la Sierra de San Miguel; sin embargo, en el mapa aludido los sitios de los campamentos mencionados están indebidamente desviados al este, hacia el golfo, no menos de veinte kilómetros. En el mapa de la p. 10, la longitud geográfica de esos puntos está bastante aproximada a lo real.
3. La Sierra de San Felipe empieza por el sur aproximadamente a los 30° 30’ de latitud norte y como a los 114° 55’ de longitud oeste, al norte del arroyo Matomi; se dirige al norte casi paralelamente a la costa del Golfo de California, con la sierra de San Pedro Mártir por el oeste; algunos bloques montañosos transversales o diagonales, reciben nombres locales y le dan forma irregular a la sierra de San Felipe. Termina apenas al norte de los 31° 33’ de latitud norte, rebasando el Paso de San Matías, como a los 115° 15’ de longitud oeste. De aquí hacia el norte se continúan tres cadenas montañosas: la más importante es la Sierra de Juárez, continuación de San Pedro Mártir, que llega hasta la frontera con los Estados Unidos; luego están hacia el este de la anterior, las sierras de Las Tinajas y la Sierra Pinta; entre estas dos últimas está el Arroyo Grande.

4. La sierra de San Pedro Mártir termina por el norte apenas al suroeste del Valle de La Trinidad. La serranía que parece cerrarle el paso hacia el norte recibe el nombre de sierra de Warner.
5. Aunque ya se dijo que la sierra de San Felipe nace al sur casi pegada al litoral, su distancia a éste es variable, pero como elementos casi constantes entre las dos sierras hay llanuras desérticas, en ocasiones con dunas, de anchura variable, y lo mismo sucede entre la sierra de San Felipe y el litoral del golfo. Esos llanos desérticos también son barreras que dificultan cualquier ruta de la sierra a la costa. El llano el Chinero, a los 31° 10', es ejemplo de lo anterior. Entre las sierras de San Felipe y San Pedro Mártir están Valle Chico, a los 30° 37', y Santa Clara, a los 31° 12'.

[26] Entre los alimentos que solían llevar los exploradores de la época pueden mencionarse galletas, carne seca, pasas, higos, manteca y harina. Al inicio de su diario, Linck menciona que tuvo que rechazar las aportaciones de algunos misioneros al darse cuenta del sacrificio que les causaba.

[27] Nombre que los cochimíes daban a un aguaje y su área circundante a un poco más de cien kilómetros al norte de Santa Gertrudis. El aguaje de agua caliente aun existe, ademado con piedra pegada con mortero, obra que se debe a los dominicos.

[28] Op.Cit., Burrus, pp. , 43 a 49,

[29] La embarcación había sido donada a la misión de San Borja por el procurador de Loreto, pero no habiendo marineros californios capacitados, el mando del barco se encomendó a un indio de Sinaloa que tenía experiencia en la navegación. Buenaventura fue siempre fiel a los misioneros y se encargó de enseñar la marinería a muchos cochimíes de la región.

[30] El Capitán Fernando Javier de Rivera y Moncada fue uno de los protagonistas más importantes en la historia de las dos Californias. Nacido en Compostela, Nayarit, entró desde los 17 años al ejército, habiendo servido en Loreto y Todos Santos. Llegó a ser gobernador de la Alta California y también en Baja California, en donde había ocupado antes el puesto de Capitán Gobernador desde 1750; condujo en 1768 caballería, víveres y doscientas cabezas de ganado desde el Real de Santa Ana hasta Vellicatá, siguiendo en parte la ruta abierta por Wenceslao Linck. Murió en la llamada masacre de los yumas en 1781, cuando los indios del bajo Colorado atacaron y destruyeron las misiones franciscanas de La Purísima Concepción de María Santísima, cerca de Yuma, Arizona, y la de San Pedro y San Pablo Vicuñer, la cual tal vez estaba muy cerca del actual poblado de Los Algodones, del municipio de Mexicali.

[31] La época de lluvias en el extremo norte y al noroeste de la península es principalmente en los meses de diciembre, enero y febrero, aunque en las sierras suele haber precipitaciones de verano.

[32] Las iniciales *S.J.* son de *Societatis Jesu*, lo cual significa "De la compañía de Jesús", la orden de los jesuitas. De allí que todos los jesuitas escriben esas iniciales después de su nombre.

[33] Clavijero dice que los diarios hechos por Linck y Fenández de Somera fueron remitidos al virrey. *Historia de la Antigua o Baja California,* Cuarta edición, Edit. Porrúa, S.A., 1990, pp 224 y 225.

[34] La Biblioteca Bancroft es una importante colección de libros y manuscritos relacionados principalmente con la historia del oeste de Norteamérica, incluyendo Baja California, que

fue comprada por la Universidad de California en 1905 al comerciante de libros e historiador norteamericano Hubert H. Bancroft.
[35] El número de folio actual es 121.

Capítulo II

[36] *W. Linck's Reports*..., Burrus, op.cit., pp. 43-44
[37] La Pimería Alta era una región que se encontraba entre lo que hoy es Arizona y el noroeste de Sonora, limitando con los ríos Gila por el norte y el Altar por el sur, el bajo Colorado por el oeste y el San Pedro al oriente. La árida región estaba habitada por los indios pimas, yumas y pápagos.
[38] Fernando Jordán, El otro México. Biografía de Baja California; SEP-UABC, 1997, p. 376.
[39] Calcinando piedras carbonatadas y conchas, los jesuitas producían la "cal viva", que con el agua formaba la cal común para usarla mezclada con arena en la elaboración de mortero. Los ladrillos eran fabricados en hornos que consumían gran cantidad de leña.
[40] *W. Linck's Reports...,* op.cit., pp. 45,46.
[41] Desde tiempos remotos, los californios, y particularmente los cochimíes, usaban balsas para adentrarse en las aguas del Golfo de California o del Océano Pacífico para obtener pescado, que era parte importante de su alimentación. En su viaje por mar alrededor de la península, Francisco de Ulloa reportó que los días dos y tres de octubre de 1539 estuvo en lo que el llamó Puerto Lobos, hoy Bahía de San Luis Gonzaga, y que se encontraron en la playa un campamento de pescadores en el que había anzuelos de huesos de tortuga, los cuales doblaron calentándolos al fuego; otros de espinas vegetales amarrados a varas; cordeles retorcidos; balsas hechas de tres manojos de cañas atadas entre sí, el de en medio más largo que los laterales, amarrados unos con otros, y buches de foca para contener agua *The Discovery and Earliest Explorations of the Gulf of California,* James R. Moriarty, "The Journal of San diego History" enero de 1965, Vol. II, No. 4.
[42] *W. Linck´s Reports...*, op.cit.,pp.46-47.
[43] No se sabe a qué casas se refirieron los indios, aunque pudieran ser las que construían de madera algunas etnias de la sierra de San Pedro Mártir, o las que hacían de gran tamaño algunos grupos que habitaban la región del Río Colorado. En la región de San Borja y más al norte, los cochimíes vivían, según lo describieron exploradores y navegantes de la época, en cabañas circulares, sin techo, dentro de las cuales acostumbraban encender una fogata. El padre dominico Vicente Mora viajó en 1774 hacia la región de Viñadaco, que después sería El Rosario, y describió así las casas que habitaban los nativos al norte de San Borja: *...el día 29 fui a comer adelante, como dos leguas de un paraje nombrado Yubay, ranchería perteneciente a San Borja; allí vi, con grande admiración mía, las casitas donde estos infelices habitan, las que no se reducen más que a un círculo hecho de la misma tierra...Ponen en medio dos lumbres o tres...y en medio de ellas se acuestan, por la parte por donde viene el viento ponen unos ramajos..*.(Nieser, Albert B.; "Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822, UABC, 1998, pp. 307-308).
[44] Según relatos de los misioneros, todos los californios eran afectos a celebrar festividades con diversos pretextos, como una boda, el comienzo de la época de las pitahayas, la cacería de venados y distribución de sus pieles, y por motivos religiosos o míticos. Una especie de

danza era practicada casi siempre en estas reuniones. El padre Juan María de Salvatierra expresó: ...*Los niños cristianos hicieron sus bailes , de que tienen más de treinta clases...representando la caza, la guerra, la pesca, sus viajes, sus sepulturas y otras cosas semejantes. Causaba mucho gusto el ver a un niñito de tres o cuatro años que se gloriaba de hacer su deber en el baile*...Clavijero, op.cit., p 60.

[45] La nutria de mar llegó a ser un producto codiciado en Asia desde el siglo XVIII, cuando los rusos penetraron por las costas al noroeste de América y se dedicaron a su cacería intensiva. En el siglo XVIII su tráfico comercial llegó al máximo, cuando barcos de distintas banderas anclaban en San Quintín para matar los codiciados mamíferos, lo que condujo a su extinción.

[46] *W. Linck´s Reports...op.cit., pp.48-49.*

[47] La región de Adac, sobre todo hacia la costa, tuvo una población relativamente densa desde tiempos remotos, como lo expresa Eric W. Ritter en su documento titlado *Investigations of Prehistorical Behavioral Ecology and Culture Change within the Bahia de los Angeles Region, Baja California*, publicado en el "Pacific Coast Archaeological Society Quarterly, Vol. 34, N. 3, Summer 1998" y que dice en síntesis: *Se propone que la ocupación inicial del área cercana a Bahía de Los Ángeles ocurrió hace 6 000 años. Subsecuentemente, cambios climáticos y posiblemente otros factores pudieron haber conducido hacia una población menos densa, más móvil, y más cercana a fuentes importantes de agua. Se ha formulado la hipótesis que en esta época hubo un aumento de complejidad cultural al finalizar la prehistoria, probablemente en el área de interacción entre la costa y tierra adentro. Este cambio pudo haber ocurrido como resultado del aumento en las destrezas para conseguir comida, en el manejo eficiente del agua, e interacciones regionales concomitantes con algún nivel de influencia directa o indirecta de eventos externos y posibles respuestas a cambios climáticos, como los que se hallan registrados en la Alta California al término de la época prehistórica.. Sin embargo, es posible que si se dio, este cambio de elevación en la complejidad cultural fue limitado y quizá incipiente. Luego se interrumpió por la entrada de los españoles*...Las investigaciones se realizaron en 74 sitios, 47 de ellos cerca de la costa.

[48] Vimbet estaba a un poco más de diez kilómetros al sur de Punta Prieta, apenas al norte del lugar que hoy se conoce como La Bachata.

[49] San Francisco de Borja tenía cinco rancherías en su territorio: San Juan, San Francisco Regis, Los Ángeles, Nuestra Señora de Guadalupe, y San Ignacio. Nuestra Señora de Guadalupe era de las más pobladas cuando los franciscanos recibieron las misiones al salir los jesuitas, superada sólo por San Ignacio.

[50] *Chipa´ja* significa en kiliwa "aguaje del quiote de mezcal", y *chipa´wey* "cerro del tallo (quiote) del mezcal", de lo que puede pensarse que entre los kiliwas, *chipa* significaba mezcal o quiote del mezcal.

[51] Parece que este Yubai no es el lugar actual del mismo nombre, al sureste de Laguna Chapala. También se escribe Yubay, Jubac, Jubai, Juzai, que significa montaña en cochimí. El nombre también designa el monte cercano a Calamajué. En este caso debe tratarse de una ranchería de San Borja, hoy casi coincidiendo con la actual Punta Prieta. Apenas siete años después del viaje de Linck a la región del Colorado, el dominico fray Vicente Mora pasó por este lugar cuando viajaba hacia Viñadaco, lugar que después sería asiento de la misión de El Rosario. En la región de Yubai, el padre Mora encontró que los indios vivían en *casitas circulares, con el suelo ahuecado,* de lo cual se habla en la nota número 43.

[52] Consag viajó por mar a la desembocadura del río Colorado en 1746. No se sabe cuál fue la mayor latitud alcanzada en sus viajes por tierra, aunque es casi seguro que no pasó más allá de los 29° 40'.

[53] El procedimiento para encontrar la longitud geográfica se generalizó entre marinos y exploradores hasta finales del siglo XIX, pero realmente su uso no fue factor determinante en los errores que se cometieron en los viajes que se realizaron desde el siglo XVII a las Californias. Lo que sí causó graves problemas en estos viajes, desde Vizcaíno hasta Portolá, fue la ineficiencia con que se determinaba la latitud geográfica, aunque encontrarla sólo requería hallar la altura de la estrella polar sobre el horizonte, ángulo que es igual a la latitud del punto desde el que se hace la observación; o por medio de la observación del Sol al medio día. En el mapa de Baja California de Eusebio Francisco Kino hecho en 1701, las latitudes casi corresponden con la realidad, y sólo hay una pequeña diferencia de algunos minutos, lo que habla de la capacidad científica de este gran explorador.

[54] En esa ocasión, la primera expedición que salió de San Diego en julio de 1769 en búsqueda del puerto de Monterrey no lo encontró, no sólo por la incapacidad para calcular la latitud exacta en que estaba el lugar, sino también por una interpretación equivocada de sus condiciones descritas por Vizcaíno, quien lo señalaba como excelente, lo cual no coincidía con lo que los expedicionarios encontraron, por lo que se regresaron a San Diego en enero de 1770.

[55] Los guamas o doctores cochimíes recababan, entre otras cosas, las cabelleras de su gente como retribución a sus servicios, y con sus cabellos elaboraban unas capas que portaban como única prenda de vestir, de manera que la dimensión de la capa o *guanakae* era proporcional a su prestigio y eficiencia.

[56] Aunque se acepte la veracidad de lo dicho por Mathes, el San Luis de esta parte del diario de Linck estaba casi equidistante de los dos litorales, o al menos su zona de influencia, pues el misionero en su diario menciona el arroyo San José como una potencial fuente de agua para *pastorear ganado,* y este arroyo nace casi por donde pasa la Carretera Transpeninsular y desemboca en el Océano Pacífico. Además, el Dr. Ives, investigador frecuentemente citado en las ediciones de Burrus, consideró que el San Luis referido por Linck estaba en o muy cerca del lugar llamado Jaraguay, aproximadamente a los 29° 37' de latitud norte; el arroyo de ese nombre se dirige al Océano Pacífico. Esto significa que el citado lugar muy probablemente coincide y es el mismo que el San Luis actual que está sobre la Carretera Transpeninsular. La misión propiamente dicha quizá estuvo fuera del poblado, conforme a lo que dijo Linck al expresar que, después de llegar a San Luis, los indios lo habían seguido hasta la misión para ser bautizados.

[57] "¿Una misión en San Luis Gonzaga, Baja California? Alberto Tapia Landeros; revista Calafia, Vol. 9, No. 2, junio de 1999, pp 54 a 57.

[58] La Visitación es el nombre que el explorador J. Ross Browne le reconoce a una bahía poco importante, al norte de la bahía de San Luis Gonzaga. *A Sketch of the Settlement and Exploration of Lower California;* p. A034.

[59]Tapia Landeros, op.cit., pp.54-55.

[60] Linck bautizó a un gran número de gentiles al pasar por San Luis de ida al Colorado, y también lo hizo de regreso, sobre lo que expresó que los indios "lo siguieron" a la misión para ese efecto. La expresión entrecomillada puede interpretarse como que los indios y Linck salieron de San Luis a algún lugar cercano en donde estaba la misión, para la ceremonia del bautismo.

[61] Burrus, op.cit.
[62] Es posible que haya habido otra fuente de agua en aquel lugar, o que a determinada hora del día subiera el nivel y volumen del agua del pozo, pues de otro modo es difícil entender cómo sobrevivían en la región de esa ranchería doscientas personas.
[63] Es seguro que los conejos y las liebres formaron parte importante en la dieta de los cochimíes desde tiempos ancestrales, pues en las pinturas rupestres de la Sierra de San Francisco se encuentran con frecuencia. Todavía hasta hace pocos años, los kiliwas y cochimíes que sobreviven en el norte de la península, empleaban una especie de bumerang de no regreso para matar liebres y conejos con mucha efectividad. Es posible que desde tiempos remotos se usara esa "arma", aunque Linck no la menciona.
[64] La misión de San Fernando Vellicatá fue fundada por el franciscano fray Junípero Serra en 1769, cuando se dirigía a San Diego.
[65] Según Bolton, Linck dio nombre a los arroyos de San Juan de Dios, Los Mártires, Las Palmas y Los Álamos, al norte de San Fernando, los cuales llevaban más agua en aquel tiempo, lo que hizo que el misionero y los soldados que lo acompañaban tuvieran una opinión favorable de la región para llevar a cabo siembras de maíz.
[66] El buen trato de Linck hacia los nativos fue factor importante en la aceptación que éstos mostraron a la acción evangelizadora que se inició en la región por los franciscanos, quienes fundaron allí en 1769 la misión de San Fernando Rey de España, o San Fernando Vellicatá, en la cual, al mes de septiembre de 1771 se habían bautizado trescientos seis adultos y setenta y un "párvulos" (Datos tomados de una carta informe enviada por fray Francisco Palou a fray Rafael Verger en 1772).
[67] Cabresto es americanismo por cabestro, éste es un cordel o tira de cuero que se ata a la cabeza de las bestias para jalarlas. Entonces, los caballos son cabresteados cuando siguen sin oponer resistencia a un hombre que los lleva del cabresto.
[68] Francisco Xavier Clavijero, "Historia de la Antigua California", Editorial Porrúa, México, 1990; p 224.
[69]*Nuestro amigo gentil*, escribió Linck en sus diario.

Capítulo III

[70] La "carga" era una medida de peso antigua, variable según el país. La carga catalana, de menor peso que la aragonesa, equivalía a 3 quintales, el quintal de 4 arrobas, la arroba de 26 libras, la libra de 12 onzas, y la onza de 28. 7 g.. Esto daría más de 100 Kg. Para una carga catalana. No se sabe cuál sería el peso de la carga mencionada por Linck.
[71] Muchas veces se refirió Linck a las atenciones y ayuda que recibieron los expedicionarios de parte de los indios que conocieron a lo largo de la ruta, también cabe destacar el hecho de que nunca se cometió alguna perfidia o traición de los nativos hacia los españoles, y en la relación que tuvieron los miembros de aquellas dos culturas tan diferentes, se evidenciaron en los indios valores tan preciados como la hospitalidad, lealtad, y dignidad, lo que hace de las etnias del norte peninsular, cochimíes y tal vez kiliwas, los grupos humanos que más se aproximaban a la civilidad concebida por los europeos, cuando menos durante la época de las exploraciones de Linck, ya que a fines del siglo XVIII y principios del XIX, todas las etnias del norte de la península mostraron una fuerte rebeldía contra los misioneros dominicos. Por otra parte, algunos indios del sur de la península

fueron belicosos y se llegaron a rebelar y a asesinar a varios misioneros jesuitas, como sucedió en la revuelta de los pericúes ocurrida en 1734, que duró tres años sin que los españoles pudieran sofocarla. Los jesuitas asesinados en este levantamiento fueron los padres Lorenzo Carranco, de la misión de Santiago, y Nicolás Tamaral de San José del Cabo.

[72] *...Continuó la expedición su camino....que era el mismo que tres años antes había andado el padre Wenceslao Link, según dijeron los soldados que lo acompañaron en la expedición al Río Colorado hasta un lugar que el citado padre nombró La Cieneguilla, distante de la nueva misión de San Fernando en Vellicatá veinticinco leguas al rumbo del norte.. "*Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero Serra", p. 59. Francisco Palou, Editorial Porrúa, México, 1990.

[73]*... Al consultar el informe de la expedición hecha por el padre Fernando Consag de p. m.* [de "pía memoria"] *en 1746 y el mapa hecho de su reporte, estoy convencido que estamos enfrente de la bahía de San Buenaventura...*De "Wenceslaus Linck's Diary of his 1766 Expedition to Northern Baja California", Dawson Book Shop, 1966.

[74] Por la observación del mapa de Consag, se hace prácticamente inequívoca la identificación de la bahía de San Buenaventura si se observa desde lo alto, tomando en cuenta que la bahía de San Felipe es claramente visible, así como el brazo que la cierra por el norte y que termina en lo que hoy se llama Punta El Machorro, el que a su vez limita por el sur a la bahía de San Buenaventura.

[75] Muchos nativos que los viajeros encontraron a lo largo del camino hacia el norte, acompañaron frecuentemente a la expedición por breve tiempo, sirviéndoles de guías y hasta de embajadores para convencer a los habitantes de las rancherías que se encontraban más delante de sus buenas intenciones; sin embargo, a pesar de la vigilancia de los soldados y de la insistencia de Linck para que permanecieran con ellos, los indios se escapaban con toda facilidad y regresaban a sus comunidades. Lo anterior sugiere que los nativos no se deslumbraron con la comitiva y los regalos que recibían, y que les resultaba preferible regresar a su vida acostumbrada. No se sabe de indios gentiles que se hayan sumado a la expedición y la hayan acompañado permanentemente abandonando sus rancherías.

[76] Conforme a lo dicho en las notas 73 y 74 anteriores, lo más probable es que la expedición se encontrara en esa fecha más al norte de lo que se indica en el mapa señalado, en o arriba de los 31 grados, lo que aumentaría un poco la distancia al litoral del golfo, pero sin obstáculos montañosos en la ruta.

[77] Linck no sabía que los pueblos que habitaban cerca del Río Colorado se alimentaban de las vainas del mezquite y de los productos que obtenían de su incipiente agricultura, como melones, maíz y sandías, así como de gran variedad de pescado que sacaban del gran río, como carpas y salmones. Es casi seguro que en las rancherías cercanas a San Felipe, los nativos no comían ordinariamente los productos que se mencionan al principio, pues no tenían las facilidades de quienes vivían más al norte para practicar una elemental agricultura, factible gracias al gran río; pero sí es seguro que sacaban pescado del mar, como lo había comprobado Francisco de Ulloa, en su viaje por el Golfo de California realizado en 1539 con los cochimíes que habitaban en las costas, un poco al sur de San Felipe.

[78] Todo hace suponer que el día 22 de marzo estaba la expedición ligeramente al noreste del Pico de la Encantada; de allí al aguaje de San Felipe que cita Linck debe haber entre 45 y

50 Km., lo que coincide con la distancia calculada en el viaje sencillo que hicieron los indios a la costa en 10 horas viaje sencillo.

[79] Linck señaló en su diario que, aunque básicamente el lenguaje de toda la región era el mismo, era común que en cada ranchería se emplearan por su gente palabras pronunciadas en forma especial y única, algo así como modismos regionales, que consecuentemente no entendían aun los vecinos próximos.

[80] No se conoce la causa por la cual, a partir del 23 de marzo, hay las diferencias señaladas entre los dos diarios, y sólo se pueden formular hipótesis para explicarlas. Esas hipótesis, cualesquiera que sean, podrían tener relación con un hecho importante: Fernández y Somera y cuatro soldados se adelantaron *en búsqueda del río* el 26 o 27 de marzo, y sus aportaciones para uno de los diarios escritos pudieron hacer su contenido diferente al de la versión autógrafa de Linck, ya que el misionero se quedó en el campamento con el grueso de la expedición. También debe pensarse que esas diferencias en los textos se dan prácticamente en el viaje de regreso.

[81] El Cerro de La Encantada también tiene el nombre de Picacho del Diablo, denominación más empleada por turistas y montañistas, su altura es de 3 070 m. sobre el nivel del mar y constituye la elevación más importante de la península. Las regiones cercanas a este lugar, y otros por los que la expedición acababa de pasar, fueron considerados por Linck como propios para establecer misiones. Sobre el particular, Peveril Meigs señala, refiriéndose a la sierra de San Pedro Mártir, *...En cuanto al abastecimiento de agua, a las tierras llanas y a la abundancia de madera, esta región es insuperada en toda la península. Los inviernos severos fueron, sin embargo, un obstáculo contra el que los misioneros españoles, con su trasfondo agrícola mediterráneo y sus limitados recursos, no estaban muy inclinados a luchar...*Quizá Meigs tuvo algo de razón al sugerir que los jesuitas no tuvieron el carácter y decisión suficientes para plantar misiones en la sierra de San Pedro Mártir y sus alrededores, pero el geógrafo e historiador olvidó que, aparte de las bondades geográficas de un medio determinado para establecer una misión, se necesitaban resolver otros problemas, como el transporte de equipo y víveres, ya que sin la capacidad de transportar y trasladar los bienes necesarios a los sitios seleccionados con la oportunidad necesaria, la empresa con seguridad fracasaría. Además, debe recordarse que el proyecto de poblar la región septentrional de la península en tiempo de los jesuitas, se vio truncado por su expulsión apenas dos años después de la expedición de Linck hacia el Colorado (Aunque el decreto de Carlos III para la salida de los discípulos de Loyola se expidió en 1767, en California se hizo efectivo hasta principios de 1768) .

[82] La expresión “vestir modestamente” significaba vestir con decencia.

[83] La existencia del león de montaña o puma todavía es frecuente en casi todas las serranías de la península, y el depredador es una amenaza constante para el ganado de los ranchos que hay en esas regiones. Linck dijo entonces que *...las montañas están llenas de ellos...*

[84] El registro de Linck del 24 de marzo dice: ...Sé que *estábamos muy cerca de la costa del golfo, pero la necesidad de agua nos obligó a pegarnos a la sierra. Es cierto que se ha llevado a cabo la búsqueda de aguajes cerca de la playa, pero sin éxito. Desde nuestra actual posición, la mar corre aquí derecho al norte...*[En el documento de la Biblioteca Nacional dice “la mar del Golfo].

[85] En el mapa que acompaña la traducción de Burrus, el campamento del día 24 de marzo se ubica a los 31°, lo que resulta dudoso por lo que se ha señalado, en el sentido de que la rectitud de la costa que observó el misionero ese día solo pudo haberla percibido con

claridad desde algún lugar situado en la sierra, al noroeste de San Felipe, quizá a unos sesenta kilómetros de ese puerto. Ese punto elevado debió estar sobre la sierra de San Pedro Mártir, ya que la de Los Reyes o sierra Pinta, y la de San Felipe, es casi seguro que nunca fueron escaladas por los expedicionarios tomando en cuenta su carácter desértico y desprovisto de agua.

[86] Las "cinco o seis horas" que viajaron los expedicionarios hacia el norte a partir de un lugar ya rebasado el paralelo de los 31 grados, dan, con un cálculo muy conservador , una distancia superior a los cuarenta kilómetros, lo que ubica a los viajeros ese día 24 de marzo prácticamente a una latitud que corresponde con el arranque por el sur de la Sierra de Los Reyes o Sierra Pinta, a una distancia de unos cincuenta kilómetros del litoral del golfo.

[87] "Uno de razón" significa un español.

[88] Aunque en el sur de la península se dieron situaciones de soldados desertores o mineros que llegaron a irse a vivir con alguna mujer india a su ranchería, éste es el único caso documentado de un hombre blanco que en un lugar tan remoto, se haya visto formando parte de un grupo de indios gentiles.

[89] *...En aquel país se vieron algunas cabañas de madera labrada, lo que da a entender que sus habitantes son más laboriosos e industriosos que los otros californios; mas estas cabañas estaban desiertas, y por eso se creyó que no las habrían fabricado para habitarlas permanentemente, sino para refugiarse en tiempo de frío; porque no es allí rara la nieve en invierno, y nuestros viajeros vieron nevar en abril...*Clavijero, op.cit., p. 224.

[90] Ver el vocabulario.

[91] Los indios del Colorado llegaron a hacer incursiones sobre las misiones dominicas de San Pedro Mártir y Santa Catarina, esta última fue destruida en 1840 por tribus locales y otras provenientes del Río Colorado. En 1836, los yumas se unieron a los kumiai y otros indios de la costa para atacar los ranchos cercanos a San Diego, y aun al mismo puerto, aunque Macedonio González, de San Vicente, logró ahuyentarlos hasta Jacumé, cerca de La Rumorosa, en donde se hicieron fuertes con el apoyo de indios del Colorado y lograron rechazar a González. *Resumen histórico de Baja California, de Cueva Pintada a la Modernidad*, Antonio Ponce Aguilar;1999; pp. 171 y 178).

[92] Los indios de la región del Colorado, como los yumas, usaban arcos de palos de sauce o álamo, forrados con nervios o tendones de venado, material que retorcido servía también para la cuerda del arco. Para la guerra, las puntas de sus flechas las envenenaban hundiéndolas en substancias orgánicas putrefactas. Empleaban también unos mazos de palo *parecido a un moledor de papas*, hechos de palo verde o de mezquite. Estos datos se tomaron de *The Yuma Indians*, publicado en la revista "The Overland Monthly", Vol. XIII, junio de 1889, No. 78, escrito por Eugene J. Triple.

[93] En la traducción del diario de Linck que hizo Burrus no se menciona el resultado de la salida de don Blas Fernández de Somera hacia el Colorado, ni si acaso llegó a la desembocadura del río.

[94] Es seguro que Linck supo que estaba frente a la Bahía de San Buenaventura el día 19 porque la vio, no porque haya hecho el cálculo astronómico correspondiente. Al respecto, el misionero escribió:*...El 19 avanzamos por dos horas a través de los más escarpados cantiles hasta que llegamos al lugar al que no pudieron cruzar nuestros soldados ayer...Me pasé la tarde subiendo a pie una cumbre para lograr una vista del Golfo de California. Tuve éxito en contemplarlo...al consultar el mapa hecho de su reporte* [de Consag] *estoy convencido que estamos enfrente de la ensenada de San Buenaventura...lo que después vi o*

*aprendí de los indios coincide por cuanto el padre Fernando dice...*El mapa de Consag aparece reproducido en la página 21.
[95] El error de más de un grado al medir la latitud geográfica pudo ser consecuencia del citado mapa de Consag, que aparece en la página 20, en donde es evidente la falla, pero en un reporte a Armesto de 1765 en el que Linck se refiere a otra expedición anterior a la del Colorado, también se manifiesta la misma equivocación en la latitud, lo que podría indicar defectos de los aparatos empleados o deficiencia en su manejo.

Capítulo IV

[96] Un cálculo conservador de la distancia recorrida desde el día 15 ó 16 de marzo en que se acamparon en La Cieneguilla, hasta el día 26, basado en el relato del misionero sobre las horas viajadas cada día, y las dificultades que en algunas partes del trayecto encontró la expedición para seguir normalmente el viaje, da unos 130 ó 140 Km., lo que ubica a los viajeros, efectivamente, al pie de la sierra de Los Reyes. Esta sierra, enclavada en la zona desértica del noreste de la península, tiene elevaciones promedio de 400 a 700 m sobre el nivel del mar y termina por el norte en La Ventana. Carece de vegetación. Véase mapa de p. 46.
[97] La sierra de Las Tinajas y la de Las Palmitas están casi paralelas, a la izquierda de la sierra Pinta o de Los Reyes. Entre los bloques montañosos de las dos primeras y la última está el cauce del arroyo Grande o del Tule, que en el tiempo en que Linck hizo el viaje pudo haber llevado agua en partes de su trayecto.
[98] La Bomba era un embarcadero que hasta hace algunas décadas se encontraba muy cerca de la desembocadura del Río Colorado, casi donde se empieza a abrir el caudal para formar la delta.
[99] Es sorprendente que el cálculo hecho por los indios sobre el tiempo que tardarían en llegar a las bocas del río (las bocas del Colorado reciben el nombre de Boca La Baja y Boca de En medio) concuerde con la realidad, tomando en cuenta datos actuales sobre la ruta y las distancias de que se trataba. Un cálculo burdo de la distancia desde el sur de la Sierra Pinta, lado occidental, hasta La Bomba, y luego a la boca oeste del río, da unos noventa kilómetros. Como referencia, considere el lector que en 1911, por un camino bien conocido y transitado, relativamente plano, con caballada fresca y apoyos a lo largo de la ruta, el coronel Celso Vega viajó unos cien kilómetros de Ensenada a Tijuana, en lo que tardó cinco días, cuando atacó y derrotó a las fuerzas magonistas que ocupaban la ciudad fronteriza. Así es que no resultan exagerados los informes de los indios cuando dijeron al misionero que tardarían de diez a quince días en el viaje sencillo.
[100] Viajando hacia el sur, de regreso, excepto quizá los dos primeros días, la expedición siempre conservó a su izquierda el Valle de San Felipe y la sierra del mismo nombre, y a su derecha, la Sierra de San Pedro Mártir, en tanto no cruzaron las montañas hacia el oeste, lo cual hicieron el sábado 5 de abril.
[101] Es lógico que de regreso, la expedición haya viajado con mayor velocidad que de ida, ya que el terreno era conocido; del punto en que primero cruzaron la sierra hacia el este el 19 de marzo hasta el final de su camino hacia el norte tardaron 8 días, y para regresar al mismo punto hicieron 4 días. Sin embargo, tal parece que no subieron por el mismo lugar por el que habían bajado la sierra; quizá porque no es lo mismo abrirse camino por el monte de la

sierra en la ruta hacia abajo que en el camino hacia arriba, así es que tuvieron que localizar otro lugar más propicio para el ascenso.

[102] Los primitivos californios acostumbraban comunicarse las novedades desde grandes distancias, sin que estas fueran recorridas por un solo comunicador o correo. Es seguro que de una ranchería salía un corredor a la próxima y comunicaba la noticia, y de aquí partía otro a la siguiente, y así sucesivamente, de manera que, sin que transcurriera mucho tiempo, se informaban lo que sucedía en lugares distantes. Al respecto, recuérdese que más de doscientos años antes del viaje de Linck, cuando Juan Rodríguez Cabrillo pasó por San Diego el 28 de septiembre de 1542, los nativos del lugar le comunicaron por medio de señas y una casi dramatización, que andaban por la tierra adentro hombres como ellos, barbudos y armados, y señalaban las ballestas y espadas, y hacían ademanes con el brazo derecho como que lanceaban, y corrían como que iban a caballo, y "mataban" a muchos naturales. Los indios de San Diego se referían a los hombres de Francisco Vásquez de Coronado, a los cuales quizá nunca habían visto, y que habían cometido atrocidades con los indios a cientos de kilómetros hacia el este; sin embargo, la noticia se había transmitido de la manera ya indicada. *Historia de la Alta California*, Pablo L. Martínez; p. 148.

[103] La fatiga de bestias y animales, así como la falta de alimentos, fueron motivo para que Linck dispusiera el regreso más directo a su base de operaciones más cercana, San Luis.

[104] Concluyendo lo dicho hasta ahora sobre la existencia de una misión llamada San Luis a la que se refiere el padre Wenceslao Linck en sus escritos, puede decirse que sí existió una misión con ese nombre, la cual no se menciona en las relaciones clásicas de los jesuitas, que pudo estar en o muy cerca del actual San Luis sobre la Carretera Transpeninsular, o un poco más hacia el este, cerca de lo que después fue Santa María de los Ángeles, o entre este lugar y la bahía de San Luis Gonzaga.

[105] Calagnujuet o Calamajué es un sitio ubicado casi 100 Km. al norte de San Francisco de Borja, a unos 30 Km. del litoral del golfo, que fue descubierto a fines de 1753 por el padre Fernando Consag. El lugar estaba bien poblado por gentiles pero el agua del arroyo contenía gran cantidad de sales de azufre, y aunque los nativos la bebían, los españoles la consideraban dañosa. Aun así, en octubre de 1766 se plantó la misión al pie del monte Juzai, Jubai o Yubai, quedando a su cargo los padres Victoriano Arnes y Juan José Díez. En mayo de 1767, el padre Arnes se cambió a un lugar situado a poco más de 50 Km. al norte, a orillas del arroyo Cabujacaamang, que ofrecía mejores condiciones para subsistir, por lo cual allí se estableció la última misión fundada por los jesuitas: Santa María de los Ángeles, muy cerca de la bahía de San Luis Gonzaga. Arnés trabajó solo en este lugar, ya que el padre Díez se había enfermado y fue destinado a Adac para reponer su salud, después a Guadalupe y finalmente a La Purísima.

[106] Linck no precisó el nombre del lugar en el que le obsequiaron los indios el ramillete de plumas, y sólo dice *...de San Luis en adelante...*

[107] En los documentos originales de Linck el apellido está escrito *Linck*, excepto al final del diario de su viaje al Colorado, en el cual firmó dos veces, en una está *Linck*, y en la otra *Linc.* Clavijero siempre escribió *Link;* en escritos en latín, el misionero firmaba *Wenceslaus,* y en español *Venceslao* o *Wenceslao.* Los autores alemanes escriben *Wenzel.*

[108] El bumerang era una arma arrojadiza de madera dura, curvada o angular, usada por pueblos primitivos de Australia, África y la India. Es una lámina de madera convexa de un lado, con un perfil parecido al del ala de un avión, adelgazada en sus márgenes. Si no hiere a su víctima, vuelve a quien la arrojó.

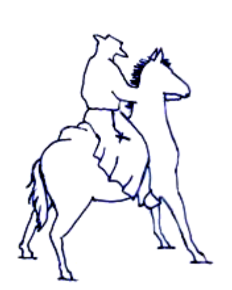
[109] Ernest J. Burrus S.J., tradujo el reporte escrito en latín por Franz Benno Ducrue, quien debe haber recibido la información directamente de Wenceslao Linck. Del referido reporte sacó los datos que aparecen en la p. 55 de *Linck's Reports and letters...,* op.cit..

Capítulo V

[110] Clavijero, op.cit., pp. 212,213.
[111] Uno de los pocos episodios en el cual hubo una actitud beligerante de los cochimíes hacia los españoles de parte de los indios, ocurrió cuando los gentiles de Cagnajuet, lugar situado al norte de la misión de Calamajué, supuestamente disgustados porque al hacerse cristianas las jóvenes de la ranchería dejarían sus liberales costumbres sexuales, planearon atacar la misión y asesinar al misionero y a los soldados. El ataque no se llevó a cabo porque los nativos de Guiricatá no quisieron ayudarlos para realizar sus planes, sin embargo, sí intentaron matar a algunos neófitos amigos de los españoles, pero nuevamente fracasaron sus intentos, ya que el caudillo indio cristianizado Juan Nepomuceno, mandó un pequeño grupo de sus hombres a Cagnajuet, pusieron en huída a los rebeldes y trajeron a la misión a muchos prisioneros, que fueron castigados con ocho azotes.
[112] Los informes de los misioneros, gobernantes y viajeros de aquella época discrepan sobre el número de habitantes indios que tenía la península, lo que se entiende por la lejanía de muchas rancherías, el desconocimiento que de su existencia se tenía, y el que en muchas regiones septentrionales aun no penetraban los exploradores y misioneros.
[113] Aunque Linck no lo menciona, tres de las semillas más importantes usadas como alimento por los californios eran el piñón, la bellota y la jojoba. Las dos primeras fueron empleadas sobre todo por los indios de las sierras, y la jojoba, de agradable sabor, por los de algunas zonas semidesérticas. Para quitarle lo amargo y tóxico a la bellota del encino, los nativos la sometían al siguiente proceso: 1º. Tostaban las bellotas en las brasas hasta que se partían a lo largo. 2º. Les quitaban la cáscara. 3º. Las colocaban sobre una piedra y las molían. 4º. Para quitarle lo amargo a la harina así obtenida, la ponían en una canasta, si es que sabían hacerla, o en un nido de arena en el que acomodaban hojas para que no se ensuciara la comida; luego, echando piedras calientes en un depósito con agua, la calentaban para vaciarla sobre la harina de las bellotas, hasta que éstas perdían lo amargo y podían comerse. (*Historia de Baja California,* Antonio Ponce Aguilar, p. 35).
[114] Cabe mencionar que las únicas etnias descendientes de los primitivos californios que han sobrevivido se encuentran en el extremo norte de la península: los kumiai, pai-pai, cucapá y kiliwas
[115] La carne seca de venado, su piel, los piñones, la jojoba y otras semillas pudieron ser objeto de trueque de los indios de la sierra con los aborígenes de las márgenes del Colorado, quienes a cambio les daban objetos de cerámica y textiles.
[116] En el apéndice uno de su obra, Baegert escribió: *Todos los reportes que se refieren favorablemente a California, su riqueza, fertilidad, u otras cosas necesarias para hacer la vida confortable pertenecen sin excepción a la categoría de reportes falsos, no importa quiénes sean los autores. Excepto por sus perlas, sus dos y media clases de frutas, su casi permanente cielo azul, y, cuando menos en la sombra, su aire no muy caliente y nunca muy frío, California no tiene nada que merezca ser elogiado y estimado, o que deba ser envidiado por los más pobres de las tierras habitadas en el globo...Por lo tanto, ni yo ni los*

que han vivido conmigo en California podrían entender cómo pudo suceder que cierta gente hablara con tantos elogios de la península y la hiciera uno de los países más bellos sobre la Tierra...(Baegert, *Nachrichten...*, op.cit., p. 175).

[117] Es prácticamente desconocido el nombre de Wenceslao Linck en su natal Neudek, no aparece en la Enciclopedia Británica ni en la Enciclopedia Católica, en Baja California pocos saben de su existencia y en el resto del país menos. En Alemania se conoce mucho más el homónimo del misionero explorador, un Wenceslao Linck que fue predicador y teólogo luterano nacido en Colditz en 1483, pero del misionero jesuita que tan gran labor realizó en Baja California poco ha quedado registrado, es injusto que la historia soslaye sus acciones.



Vocabulario

1. Anián, Estrecho de. Estrecho legendario que supuestamente comunicaba el Golfo de California con el Mar del Sur (Océano Pacífico), o con el Atlántico.

2. Bestias. Cuando se refiere a animales domésticos, significa caballos, mulas o asnos.

3. Cabrestear. Igual a cabestear. Conducir un animal llevándolo del cabestro o cabresto, a pie. El cabrestro es un cordel que se ata a la cabeza o cuello del caballo para llevarlo o asegurarlo.

4. Cabujakaamang. “Arroyo de piedras” en cochimí.

5. Cochimíes. Integrantes de una etnia de los primitivos californios que habitaban la península desde poco antes de los 27° hasta su extremo norte.

6. Compañía. Palabra usada para designar a la Compañía de Jesús. También se le llama Sociedad de Jesús o simplemente la Sociedad.

7. Espiarse. Americanismo que significa desgastarse las pezuñas de los caballos o yeguas. Cuando las bestias no están herradas y tienen que caminar por terrenos duros o pedregosos, con carga, se desgastan los cascos al grado de “destaparse” las patas. Los caballos que se han espiado sufren dolor al caminar, lo cual hacen lentamente buscando el terreno menos duro para apoyarse; en caso extremo, tienen que ser sacrificados.

8. Estribaciones. Ramales laterales y cortos de una sierra. Lugares de las montañas por los que se puede empezar el ascenso.

9. Galeón de Manila. Nombre dado a los barcos que, procedentes de las Islas Filipinas, trasladaban mercancías asiáticas a Acapulco en la Nueva España, de donde parte de los productos eran reembarcados a Europa desde Veracruz. Este movimiento se inició en 1573 y duró más de 240 años.

10. Gentiles. Nombre que se daba a los indios paganos, hasta antes de ser evangelizados.

11. Guama. Brujos o doctores de los cochimíes. Estos personajes entre los pericúes recibían el nombre de Niparajá o Tuparán; y entre los guaycuras el de dicuinocho. Supuestamente adivinaban el futuro, curaban a los enfermos y enseñaban sus dogmas a los niños.

12. Kiliwas. Etnia sobreviviente de los primitivos californios, de lengua yumana, que residen actualmente de la sierra de San Pedro Mártir hasta el Golfo de California, al este del Valle de la Trinidad y al pie de la sierra mencionada. Buen número de kiliwas vive en el Ejido Tribu Kiliwa, cuyos integrantes se autonombran *ko'lew*, que significa *hombre cazador, gente como nosotros y los que se van*. La expresión Arroyo de León en la lengua nativa es *Chiwilo nimí tai*, o *arroyo del gato grande*. El territorio ocupado por la etnia llega a unas 26 910 Has., aunque casi toda la población se concentra alrededor de Arroyo de León y ranchos vecinos, o en el Valle de la Trinidad, en donde hay más oportunidades de trabajo y los servicios de agua y energía eléctrica.

13. Loyola, discípulos de. Nombre que se usa para designar a los jesuitas.

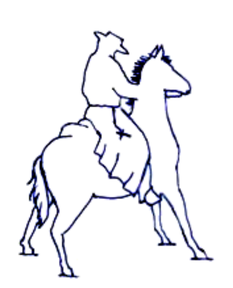
14. Mataduras. Lagas o heridas que se hacen a las bestias caballares con las monturas.

15. *Nachrichten.* "Reportes o informes", en alemán.

16. Portezuelo. El lugar más adecuado para cruzar una serranía, de menor altura que las áreas que se encuentran a sus lados.

17. Quiote. El tallo central de los agaves, que sostiene las flores.

18. Visita. Establecimiento misional sin misionero responsable de planta.



Bibliografía

AMERICAN Geographical Society. Mapa de la delta del Colorado y la región noreste de la península, elaborado en 1936 por la American Geographical Society para la Carnegie Institution of Washington.

AUTOMOBILE Club of Southern California. Mapa de la porción norte de Baja California, Los Ángeles, 1998.

BAEGERT, Juan Jacobo. *Nachrichten von der Amerikanischen Halbirtsel Californien...*, o *Reportes de la Península Americana de California*...Traducido del alemán al inglés por M. M. Brandenburg y Carl L. Baumann. Edit. Por The University of California Press.

CLAVIJERO, Francisco Xavier. *Historia de la Antigua o Baja California*, Editorial Porrúa, S.A., México, 1990.

FRANCEZ, James Donald. *The Losrt Treasures of Baja California*, Black Forrest Press, 1996.

INEGI, cartas topográficas consultadas, 1996. Números H11B16, H11B17, H11B26, H11B27, H11B34, H11B35, H11B36, H11B45, H11B46, H11B47, H11B56 y H11B57.

JORDAN, Fernando. *El otro México.* UABC, 1997.

KOERPER, Henry C.; Pinkston, Bruce; y Wilken, Michael. *Nonreturn Boomerangs in Baja California Norte.* "Pacific Coast Archaeological Society Quarterly", Vol. 34, Number 3, Summer 1998, pp. 64-82.

LINCK, Wenceslao. *Diario del Viage que se hizo en la Provincia de California al Norte de esta Peninsula en el Febrero de este año de 1766.* Traducido al inglés y editado por Ernest J. Burrus S.J.; "Dawson Book Shop, Los Angeles", 1966.

LINCK, Wenceslao. *Nachrichten von der schiedenen Landern des Spanischen America*...Editado por Ernest J. Burrus, S.J., con el título de *The Reports of Linck´s Expeditions.* "Dawson Book Shop, 1967, Los Angeles".

MARTÍNEZ, Pablo L. *Historia de la Alta California.* Editorial Baja California; México D.F., 1970.

MEIGS III, Peveril. *La frontera misional dominica en Baja California. UABC,*1994.

MORIARTY, James R.. *The Discovery and Earliest Explorations of the Gulf of California,* "The Journal of San diego History" enero de 1965, Vol. II, No. 4.

NIESER, Albert Bertrand. *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822. UABC, 1998.*

PALOU, Francisco. *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre Fray Junípero Serra.* Editorial Porrúa, S.A., México, 1990.

PINKSTON, Bruce. Ver: Koerper, Henry en esta relación.

PIÑERA RAMÍREZ, David. *Panorama histórico de Baja California.* Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC. 1983.

PONCE, Aguilar Antonio. *Historia de Baja California,* sin editarse.

PONCE, Aguilar Antonio. *De Cueva Pintada a la Modernidad. Resumen Histórico de Baja California.* Imprecolor, Tijuana, B.C.1999.

RITTER, Eric W.. *Investigations of Prehistoric Behavioral Ecology and Culture Change within the Bahia de los Angeles Region, Baja California.* Publicado en "Pacific Coast Archaeological Society Quarterly, Vol. 34, # 3, Summer 1998.

SOSA Rocha, Ernesto. *Expediciones del Coronel Esteban Cantú al puerto de San Felipe.*

TAPIA Landeros, Alberto. *¿Una misión en San Luis Gonzaga, Baja California?* Revista "Calafia", junio de 1999, pp. 54-57.

TAYLOR, Colin F. Coordinador técnico de *Los nativos americanos, LIBSA, Madrid, 1992*

WILKEN, Michael. Ver: Koerper, Henry en esta relación.

Índice Onomástico